

REVISTA EUROPEA.

Núm. 220

12 DE MAYO DE 1878.

AÑO V.

EL YO Y SUS CAMBIOS

CONSIDERADOS COMO PRINCIPIO DE LA FILOSOFIA.

I

Kant nos ha enseñado que todos nuestros conocimientos son subjetivos, que no podemos afirmar nada de los objetos exteriores sino la manera como los vemos.

Desde la *Critica de la razon pura*, la filosofía, á pesar de sus esfuerzos, ha quedado aprisionada en lo *subjetivo*. ¿Tiene algun medio de salir?

Consultemos las ciencias: la astronomía, la física, la química, la biología. Ninguna de las leyes que constituyen el objeto de estas ciencias son tal vez como creemos conocerlas. Todo en ellas es relativo á la naturaleza de nuestros órganos y de nuestras facultades; y los objetos exteriores, tales como los percibimos, no son sino fenómenos psicológicos. Parece que hay al ménos dos objetos que por su absoluta necesidad, escapan á esta subjetividad de todos los demás: el tiempo y el espacio. Pero esta pretendida necesidad es la de nuestra organizacion intelectual; el tiempo y el espacio no son acaso sino condiciones de nuestra sensibilidad, moldes en los cuales toman forma con que poderlas representar.

Así todo es subjetivo en nuestros conocimientos; pero si no nos es permitido afirmar sean como las percibimos, ¿se nos permitirá afirmar que existen? Admitido esto, la metafísica seria posible, pues sin conocer las cosas en sí mismas nos bastaría saber que fuera de nosotros existen una multitud de fenómenos y por tanto una multitud de seres y de cambios en estos seres; pero aún este último modo de conocer no le tenemos sino de una manera incierta. ¿Quién ó qué nos prueba que nuestros pensamientos sucesivos, los diversos fenómenos psicológicos por que pasamos corresponden á realidades exteriores á nosotros? ¿No sabemos

que Fichte ha pretendido que en absoluto solo es admisible la existencia personal, el yo, que el yo lo es todo á la vez, Dios, naturaleza y humanidad? ¿No sabemos tambien que Berkeley habia ya sostenido que toda realidad es espiritual, que no hay en el mundo más que espíritus?

¿Cómo salir de esta ignorancia? ¿Cómo despejar las espesas tinieblas que nos envuelven por todos lados?

Un solo recurso nos queda: el pensamiento; no el pensamiento *en sí*, porque no podemos conocerle sino bajo la forma en que se manifiesta en la conciencia. De este modo tal vez lleguemos á un conocimiento cierto, adecuado, conforme á su objeto. Examinémosle.

Podemos dudar, es cierto, de los objetos exteriores de nuestro pensamiento; pero no del pensamiento mismo, pues le conocemos de una manera inmediata é irresistible. Esto no basta: no basta saber que el pensamiento existe; es necesario saber lo que es.

Ahora bien, el pensamiento (no hablo de su fondo íntimo, de la esencia del fenómeno que le constituye, sino como tal pensamiento) le conozco necesariamente como es. Tengo, por ejemplo, la idea de un árbol, es posible que este árbol no sea tal como me lo imagino; aún es posible que no exista tal árbol fuera de mí, pero que yo tengo la idea de ese árbol y que esta idea en tanto es fenómeno psicológico, la percibo en mi conciencia como es, de esto no puedo dudar. Mis ideas son tales como yo las percibo, pues precisamente la manera de percibir las es lo que las hace aparecer tales como son.

Sentado esto, ¿cuál es el principio del pensamiento? ¿Cuál su causa? ¿Es el producto de la materia ó el acto de un sér inmaterial? ¿Es uno por unidad de conciencia ó por una unidad real, absoluta, metafísica? Hé aquí otras tantas cuestiones que por el momento no puedo resolver, pero poco me importa; me basta saber que existe al ménos un hecho innegable, el pensamiento, y que el pensamiento es tal como se percibe.

El pensamiento reúne, pues, los dos caracté-

res de subjetividad y objetividad necesarias para servir de principio á la metafísica; el de subjetividad, pues, es el sugeto que piensa; el de objetividad, pues, considerado como objeto, es conforme á su propia representacion.

Hémos aquí en un refugio seguro contra la duda, en un hecho cuya certidumbre es incontestable.

Pero este hecho, ¿basta para el objeto que me propongo? ¿Puede servir de base el edificio de los conocimientos humanos? No nos precipitemos; no nos ilusionemos otra vez más en nuestra incurable ignorancia. Descartes también se refugió en el santuario del pensamiento para escapar á la duda universal; y ¿qué ha hecho Descartes? A los primeros pasos volvió á caer en el error. ¿Seremos nosotros más felices? ¿Encontraremos una idea cuyo objeto exterior sea conforme su propia representacion? (1) Tal vez existen semejantes ideas; y si existen, ¿quién nos probará que están en conformidad con los objetos que representan?

Héme, pues, encerrado en el recinto de mi propia personalidad.

Encontré un refugio contra la duda universal, y este refugio se ha convertido en prision.

Me encuentro encadenado en la caverna de que habla Platon, con la espalda vuelta á la luz, y á mi frente sombras y fantasmas.

¿Quién romperá mis cadenas? ¿Quién podrá, en la prision tenebrosa en que me encuentro sumido, abrirme una puerta y mostrarme á la luz?

Al principio me habia lisonjeado una loca esperanza en la posibilidad de la metafísica.

La duda sobrevino, y despues se disipó cuando con Descartes encontré la base de la certidumbre en el pensamiento y en la existencia personal.

Otra vez me encuentro reducido á la desesperacion tanto más terrible cuanto que parece he muerto para la vida exterior.

La esperanza renace, sin embargo, de nuevo en mi cerebro. ¿Me habré engañado esta vez?

Noto que he pasado por una série de estados sucesivos, que las ideas que tengo ahora no son

(1) Llamamos la atencion de nuestros lectores, muy especialmente sobre este punto, origen próximo de una segunda Reforma, en el que raya el autor á un grado de rigor analítico y de elevacion especulativa que no ha sabido alcanzar ningun filósofo desde el siglo XVI. (Nota del T.)

las mismas que hace un instante, que no sufro las mismas emociones, los mismos sentimientos.

Mis ideas, mis sentimientos han cambiado. ¿Qué me importa despues de esto que el alma, el yo absoluto, el principio espiritual sea idéntico como enseñan los espiritualistas? He pasado por una série de estados sucesivos no idénticos los unos á los otros, esto me basta:

En el yo hay cambios.

Estoy en posesion de un nuevo hecho, y este hecho, aunque no conocido tan inmediatamente como el pensamiento es, sin embargo, cierto é innegable.

No tengo necesidad de salir de mí para encontrarle; está en mí y reúne así los dos caracteres de subjetividad y objetividad que hemos reconocido hace poco en el pensamiento. Negar el cambio seria negar el pensamiento mismo.

¿Podrá el cambio descubrirme lo que el pensamiento no ha podido? ¿Cómo podría abrirme una puerta al mundo exterior?

Para esto haré notar que el cambio nada es por sí, es decir, abstraccion hecha de sus circunstancias y relaciones.

No hay cambio sin un sér que cambie y una causa que la haga cambiar.

Ahora, ¿conocemos en sí el cambio de una manera total y apropiada?

Lo que es cierto es que yo conozco al ménos el pensamiento bajo su forma consciente ó psicológica y por consiguiente los cambios que le corresponden.

Por abstraccion, del conocimiento de estos cambios me elevo al de los cambios en general, y digo:

Cambiar es pasar de una forma de existir á otra.

Pero puesto que el cambio no existe sino por sus condiciones y sus relaciones, puedo determinar de una manera general sus condiciones y sus relaciones inmediatas, despues las condiciones de estas condiciones, las relaciones de estas relaciones, y así sucesivamente hasta las condiciones primeras; hasta los principios generales de todos los séres que cambian.

Llegado á estos principios, por el análisis saco las consecuencias que pueden deducirse, las que si no cometo falta de razonamiento ó lógica, deben expresar los fenómenos y leyes generales del mundo cambiante (*changeant*).

Pero nuevas dificultades me asaltan. Algunos

flósofos me objetarán á propósito del cambio, objeciones tanto más terribles cuanto que carecen de seria respuesta.

¿Cómo, me dirán, habeis podido elegir para fundamento de la metafísica, con la existencia personal un fenómeno tan inestable, tan móvil como el cambio? ¿No veis que el edificio en base tan poco sólida no será más durable que una casa construida sobre arena? Creéis que el sér que cambia es un sér *real*, base sobre la que con el principio de identidad ó de contradicción podiais llegar á construir alguna cosa. Desengañaos: cambiar es no ser actualmente esto ó lo otro, y por consiguiente, es ser idéntico á la nada. Una cosa que cambia no es lo que era; de otro modo no habria habido cambio; tampoco es á lo que tiende, porque entonces el cambio es inútil. ¿No es, pues, nada? Ya no os quedan más que tres extremos; ó negais el cambio y concluís en el sistema de los Eleatas; ó admitís la identidad del ser y del no ser, es decir de los contradictorios, concluyendo en el sistema de Hegel; ó, en fin, negais toda existencia bajo cualquier forma y concluís en el sistema de Gorgias.

A decir verdad, tal objecion no nos detiene, y lo que nos asombra es que genios como Heráclito, Parménides, Bruno, Hegel, etc., se hayan dejado seducir por argumentos como los que preceden.

Sin duda no se puede decir de un sér que cambia: «es tal cosa», porque en el instante mismo no es ya esa cosa; pero ciertamente se puede decir de ella lo que jamás se puede decir de la nada: es ménos que esto, es más que aquello.

En lugar de un razonamiento que seria difícilmente comprendido por el lector, sirvámonos de ejemplos.

Un sér cualquiera que sea, no se le puede considerar sino en su sustancia, su cantidad, sus cualidades y sus relaciones. La sustancia misma entra en las cualidades que la constituyen. Tomemos, pues, una cualidad: la extension por ejemplo, y supongamos que un cuerpo de un volumen cualquiera cambia en su extension, que siendo de una cierta extension *a* llega á alcanzar otra mayor *b*. ¿Se podrá decir en los momentos de su cambio que no tiene extension, que es por consiguiente idéntico al no ser? No, porque se puede decir de él: no tiene precisamente

tal extension determinada, pero tiene mayor extension que *a* y menor que *b*.

Consideremos una relacion, por ejemplo, una relacion de distancia entre dos cuerpos; supongamos que estos dos cuerpos que estaban positivamente á una distancia *a*, se acercan insensiblemente y llegan á otra *b*. Todavía aquí, ¿se podria decir que durante el cambio estos dos cuerpos nada son? Si tampoco se puede decir que están á tal distancia se puede al ménos asegurar que la que les separa es menor que *a* y mayor que *b*.

Ahora bien, de la nada no se puede decir que es mayor que esto ó menor que aquello, que está á una distancia determinada mayor que tal otra distancia igualmente determinada.

El sér que cambia no es, pues, idéntico á la nada.

Ya que es cierto que existo y que sufro sin cesar cambios en mi existencia, puedo simplificar los datos de nuestro problema.

En lugar de decir: «yo existo y cambio sin cesar», diré:

Existe el sér (1) y los cambios en el sér.

Poco importa en efecto, por ahora, que el sér sea yo ú otro distinto.

Me queda por hacer aplicacion de los principios establecidos y buscar cuál es la naturaleza del sér.

II

La primera consecuencia que se deduce de estos principios es la realidad de la duracion; no necesito hacer razonamiento alguno para saber que existo; la percibo por la conciencia, como percibo todos los fenómenos psicológicos cuya condicion es; y no habria pensado en establecerla por ningun argumento si no supiera que hay sistemas que la niegan.

Voy, pues, á ensayar contra estos sistemas demostrar su existencia.

Existen el sér y los cambios en el sér; en otros términos, el sér pasa por una serie de modos sucesivos, no idénticos los unos á los otros.

Negar la sucesion y por consiguiente la permanencia (*durée*), seria pretender que todos estos modos, tan diferentes los unos á los otros, son simultáneos, seria sostener que, en un mis-

(1) Es decir, otra cosa distinta de la nada, el ente en su mayor abstraccion. = (T.)

mo objeto, la misma cosa es y no es á la vez.

Tomemos ejemplos para poner este razonamiento en evidencia.

En un momento gozo de una emoci3n de alegrí3 y esperanza; enseguida, por el contrario, sufro bajo la impresi3n de un sentimiento de tristeza y desaliento. Ahora bien, negar la permanencia y la sucesi3n, es admitir que estoy á la vez y en la misma relaci3n, bajo la influencia de la alegrí3 y la tristeza, del desaliento y la esperanza. (1)

Otro ejemplo: hé aquí un cuerpo que hace un instante se dirigía á la derecha; ahora se dirige á la izquierda. Negar la sucesi3n y la permanencia, es sostener que este cuerpo se dirige á la vez á derecha y á izquierda; es poner en principio la identidad de los contradictorios; es derrocar toda verdad y toda l3gica.

Si no se quiere caer en tales absurdos, es necesario admitir la realidad de la permanencia.

¿La duraci3n es eterna?

Para resolver esta cuesti3n se necesita recurrir aquí al principio casi universalmente adoptado, que vamos, sin embargo, á establecer en algunas palabras: el principio de la imposibilidad del número actualmente infinito.

No existe ningun número más allá del cual no se pueda concebir otro mayor.

Resulta de esta sola proposici3n que no hay número infinito, que el número abstracto es indefinido; pero que el número concreto por su naturaleza esencialmente determinado, es también esencialmente finito.

Insistamos sobre este punto capital.

El número de cambios ó maneras de ser que se verifican en un objeto cualquiera, no puede ser más que infinito, indefinido ó finito: infinito es imposible, no hay número infinito; indefinido aún es imposible; hay un cierto número determinado de cambios. Queda, pues, que sea finito.

Se sigue de aquí que lo que se llama permanencia no ha existido; ni existirá siempre que los cambios han comenzado necesariamente y deben también necesariamente cesar. (Hablo de los cambios *sucesivos*, de los que están bajo la ley del número.)

(1) Este ejemplo es insuficiente, pues suele acontecer así porque estos son estados psicológicos todavía no bien definidos ni en la ciencia ni aun en la propia conciencia, fuente de todo conocimiento y base de todo análisis filosófico.—(T.)

Pero, ¿el sér mismo ha comenzado y debe dejar de existir? ó más bien, ¿ha habido un momento antes del cual nada existía? ¿Habrá un momento despues del cual nada existirá? Semejante suposici3n sería contradictoria; pensar que un sér cualquiera ha podido salir de la nada, que nada siendo al principio haya podido darse á sí mismo existencia, sería admitir el absurdo más escandaloso que pueda darse.

Si existe alguna cosa, es necesario que también exista algo eterno.

Además de la permanencia hay la eternidad, y ésta se distingue de aquella en que la primera es *sucesiva* y la segunda es *continua*.

No nos detendremos en consideraciones ontológicas, que aquí no pueden tener lugar. Apresurémonos en sacar las principales consecuencias que se deducen de nuestros principios.

Una de las cuestiones que han debido asaltar la imaginaci3n del lector es la de saber si hay un sér ó muchos séres.

Nada más sencillo ya que resolverla, teniendo presente el cambio. Un sér ciertamente no puede cambiar por sí mismo; él mismo no puede ser causa de sus propias modificaciones.

Sin embargo, si esta proporci3n no es evidente á primera vista, podemos establecerla del modo siguiente:

La definici3n de un sér cualquiera contiene la afirmaci3n de la esencia misma de ese sér, es decir, determina su esencia. Luego, en tanto se considere este sér, abstracci3n hecha de toda causa y de toda condici3n exterior, no se podrá encontrar nada en él capaz de destruirle ó aun de modificarle. Además, ¿en qué un sér podrá cambiar si fuera solo? No podría cambiar sino en más ó en ménos, ganando ó perdiendo. Pero pensar que un sér pueda crearse y destruirse, ¿no es, como ya lo hemos dicho, un absurdo escandaloso?

No tengo necesidad de otra prueba que los cambios que se verifican en mí mismo. Si hay cambios, hay muchos séres; y como hay un número considerable de cambios, hay también un número considerable de séres.

Pero estos séres no son en número infinito, es imposible. Hay, pues, séres simples indivisibles; y los compuestos no son sino aglomeraciones de los simples; de otro modo habríamos compuestos sin componentes y números sin unidad, lo que es absurdo.

Además, los seres no han sido jamás creados y no pueden ser aniquilados.

¿Cómo serían creados?

Dios, el ser eterno que suponemos haberlos producido no puede haberlos sacado sino de él mismo ó de la nada; de la nada es imposible, pues la nada no puede servir de materia con que formar alguna cosa; de él mismo, es posible, pero entonces no ha habido verdadera creacion sino transmision.

Por otro lado, ¿en qué momento los creó? ¿En el printipio de la eternidad, si es posible emplear tal lenguaje? Entonces estos seres no fueron verdaderamente creados, pues serían eternos como Dios mismo.

¿En una época determinada de tiempo? Entonces no habiendo producido al principio nada y produciendo luego, Dios habria cambiado. El cambio supone multiplicidad de seres; Dios seria á la vez múltiple y mudable, y entraria por consiguiente en la categoría de los demás seres, y no siendo más que éstos, no podria bastarse á sí mismo, si se supone como es, que no se bastan á sí mismos. Necesitaria recurrir, pues, á otro Dios, despues á un tercero y así sucesivamente sin encontrar jamás uno que pueda bastarse y existir por sí.

La hipótesis de la creacion concluye en definitiva en la negacion de toda existencia.

Por argumentos análogos demostraremos que los seres no pueden ser aniquilados.

Toda creacion y toda destruccion son, pues, imposibles.

Segun lo que precede seria fácil probar que en cada sustancia hay algo de eterno é inmutable, algo que constituye la esencia misma de esa sustancia; tales son los atributos *esenciales* ó *intransmisibles*.

Pero pues que hay cambios hay tambien en cada sustancia algo de accesorio, aunque inherente á la sustancia; tales son las propiedades *accesorias* ó *transmisibles*.

Producir no es otra cosa que transmitir en totalidad ó en parte una propiedad accesorias que se posee.

Hasta aquí, todo ha sido sencillo, claro, en la serie de los argumentos que hemos expuesto.

Vamos á entrar ahora en consideraciones nuevas que ofrecerán alguna dificultad y sobre las que llamamos más particularmente la atencion.

Al decir que los cambios han comenzado, el

lector ha debido dirigirnos mentalmente una objecion que no hemos tratado de contestar.

¿Por qué razon los seres que primitivamente no cambiaban, cambian ya á partir de un momento determinado?

Tales en pocas palabras, la objecion, y es fuerza confesar que constituye contra el cambio una dificultad algo más seria que el argumento de los eleatas de que en otro lugar hablamos.

Para aclarar esta dificultad nos es desde luego necesario mostrar la profunda diferencia que existe entre las cantidades *continuas* y las *discontinuas*.

Las cantidades discontinuas son divisibles y aún actualmente divididas; las cantidades continuas por el contrario son *realmente* indivisibles; puedo sin duda dividir las, pero de una manera imaginaria é ideal, y no *realmente*.

Presentemos un ejemplo: el tiempo.

Yo puedo dividir el tiempo por la imaginacion en partes más ó menos grandes, más ó menos pequeñas, segun mi capricho; pero estas partes serán puramente subjetivas y arbitrarias por completo.

El tiempo no cae bajo la ley del número y sucesion (1).

Por consiguiente, si alguien viniese á decirme que el tiempo es una quimera, so pretexto de que es divisible, yo les responderia que las dificultades que levanta son como las divisiones mismas *imaginarias* y no *reales*.

Volvamos á nuestro asunto.

Cuando poco há dijimos que los cambios han principiado en el mundo, no quisimos decir que á partir de un momento determinado cada ser que le compone ha sufrido cambios en su propia sustancia, porque tales cambios son, se comprende, siempre sucesivos, y por tanto caen bajo la ley del número y de la duracion.

Mas hemos reservado la cuestion de saber si ántes de estos cambios sucesivos no habria habido otro cambio independiente de la sustancia y de las cualidades de los seres; ó en otros términos: si habria habido un puro cambio de re-

(1) No lo creemos así, sin embargo. Precisamente á esa entidad que más que ninguna está sometida, ó quizá es la misma ley del número y sucesion, es á lo que llamamos *tiempo*.

Höene Wronski ha definido las matemáticas, la ciencia del tiempo y del espacio, no sin fundamento.

Esta es una observacion que en nada ataca la verdad de la proposicion que el autor demuestra.

(Nota del T.)

laciones que hasta el momento determinado hubiera permanecido *continuo*.

Lo que debe llamar nuestra atención es que si primordialmente los seres hubieran permanecido los mismos siempre, no sólo en sustancia, sino también en sus relaciones, no hubiera existido jamás razón para que, á partir de un instante dado, se produjeran cambios.

Aquí el famoso axioma "todo lo que empieza tiene su causa," carece de fuerza; porque si se recurriese á una causa superior y exterior al mundo para explicar este fenómeno, preguntaríamos por qué esta causa ha obrado y cambiado, por consiguiente, á su vez en un instante determinado, y no ántes.

La dificultad persiste aún.

Lo que resulta claramente de todo lo que precede es que, ántes del origen de lo que llamamos "nuestro mundo," los seres se prepararon, por decirlo así, á obrar mutuamente unos sobre otros, á modificarse unos y otros, y esta preparación no podía ser otra cosa que un cambio *continuo* de relaciones.

¿En qué consiste, pues, semejante cambio? No puede ser un cambio de relaciones *segun* las diversas sustancias consideradas hasta aquí, porque cambios de esta naturaleza son siempre sucesivos, nunca continuos.

Basta para convencerse de ello, observar que las propiedades trasmisibles de estas sustancias (propiedades en cuya virtud pueden cambiar) son esencialmente finitas, que aún su conjunto mismo es finito, y que, por consiguiente, los cambios que en estas sustancias se verifican, deben forzosamente experimentar tiempos de detención, interrupciones.

Es, pues, un cambio de relaciones, *segun* una sustancia completamente distinta de las precedentes, y esta sustancia debe ser la condición de todos los cambios, sin ser la causa, exenta de todo cambio, sin lo que recaeríamos en las dificultades anteriormente señaladas.

Ahora bien, semejante sustancia no es otra que el espacio (1).

Suponed, con efecto, que el espacio no existe; entonces los seres siempre contiguos, siempre en las mismas relaciones unos respecto de otros,

se hallarian eternamente en la misma imposibilidad de sufrir y producir cambios.

¿Recurrís entonces, para la explicación de los fenómenos, á una causa exterior que ya impide la acción, ya determina á obrar?

Esta causa, como acabamos de demostrar, entraría en la categoría de los seres cambiantes, y esto es precisamente lo que no nos es necesario. Necesitamos, por el contrario, una sustancia que, dada la condición de los cambios, esté exenta de ellos, y por consiguiente, que no sea su causa.

Esta sustancia no quede ser otra que el espacio.

Admitase, en efecto, la realidad del espacio y todas las dificultades desaparecen como por encanto.

Los seres cambiantes, si no estaban primordialmente contiguos, estaban más ó menos distantes unos de otros; pero como no existe acción á distancia (principio evidente por sí mismo), estos seres se han aproximado, concluyendo por encontrarse, y á partir del momento en que se han encontrado, es cuando han sufrido cambios en las direcciones y cantidades de sus movimientos. El cambio de relaciones de que hablabamos poco há no es otra cosa que el cambio *continuo* de distancias.

Resulta de todo lo que precede que el espacio es una realidad, y no un simple producto de la imaginación, que los seres variables están dotados de movimiento, y que las cualidades trasmisibles que poseen consisten en el movimiento.

Añadamos aún que estos seres tienen realmente extensión, porque de otro modo no se encontrarían jamás, ó si se encontrasen no podrían modificar sus movimientos recíprocos, que son indivisibles, porque es preciso llegar á seres simples, y estos son los que yo busco; que son impenetrables, pues de otro modo no se servirían de obstáculo; que son, en una palabra, verdaderos átomos.

En cuanto á la noción que tenemos del espacio podemos completarla en algunas palabras, teniendo presentes las consideraciones que preceden.

Estos cambios sucesivos que en el mundo se realizan deben cesar de existir.

Habrá, pues, un momento en que los átomos no sufrirán cambios ni en las direcciones ni en las cantidades de sus movimientos. Ahora bien,

(1) Esta noción la usa el autor, más como condición que como sustancia, tal como esta palabra se entiende en ontología.

para que á partir de un instante dado los átomos se dirijan en el mismo sentido y con la misma velocidad durante la eternidad del tiempo, nos es necesario admitir la *inmensidad* del espacio.

El espacio es, pues, inmenso.

Añadamos que es penetrable pues se deja cruzar por los cuerpos en todos sentidos. Que es indivisible, pues si estuviera compuesto de partes *reales* no sería infinito. Que es homogéneo y *continuo*, pues de otro modo sería divisible. Y en fin, que es inmóvil, eterno, necesario, que es condicion de existencia de los cuerpos y de sus cambios, sin estar él sometido á otras condiciones que la de la eternidad. (1)

Suplico el perdón del lector por una argumentación tan complicada, como es la que acabo de exponer, para demostrar la realidad del espacio, de los átomos y del movimiento.

Presentemos esta argumentación en su conjunto y reasumámos en algunas palabras.

Hay muchos seres y cambios sucesivos en estos seres, cambios que han debido tener principio en un momento determinado.

Ha sido necesario que estos seres se preparasen por un cambio *continuo* á modificarse mutuamente á partir de aquel momento, pues de otra manera habrían permanecido siempre en la imposibilidad de cambiar.

Este cambio continuo no se efectuaría *según* la sustancia y cualidades de los seres hasta aquí considerados porque hubiera sido sucesivo. Se efectuó, pues, según una sustancia distinta de las precedentes, condicion de los cambios y no por relacion de causalidad.

¿Cuál es esta sustancia? Si los seres hubieran estado siempre contiguos, habrían permanecido en las mismas condiciones unos con respecto á otros, y en su consecuencia en la misma imposibilidad de sufrir y producir cambios. No han estado, pues, siempre contiguos; y por consiguiente existen el espacio y la estension.

De aquí resulta que los seres cambiantes están dotados de movimientos; que son estensos, indivisibles é impenetrables, y que estando destinados á partir de un cierto momento á dirigirse en un mismo sentido y con una misma velocidad, suponen la inmensidad del espacio.

Hémos aquí en adelante en posesion de cuatro

(1) Cualidades todas del espacio considerado como forma.—(T.)

principios de los que puede deducirse todo lo demás: tiempo, espacio, átomos y movimiento.

¿Existe algo además de estos principios?

Cada cual puede hacer las hipótesis que crea convenientes; pero lo que nos parece cierto al ménos, es que todo cuanto es susceptible de cambio y actividad entra en la categoría de átomos: esto resulta evidentemente de todo lo que precede.

Por consiguiente, si existen seres superiores al mundo, estos seres no han podido crearlo ni pueden actualmente gobernarlo; deben, so pena de constituir parte de nuestro universo, permanecer siempre inmóviles é inactivos en su eternidad silenciosa y estéril.

P. M. BÉRAUD.

Traducción por R. G. y P.

TRES CENSOS DE POBLACION.

Cuasi á un mismo tiempo llegan á nuestras manos los resúmenes de tres distintos censos de población: uno es el recientemente publicado en la vecina Francia, es decir, en una de las naciones que marchan al frente de la civilización; otro el llevado á cabo en el Japon, en ese singular imperio que en un día dado ha roto con sus tradiciones, y por medio de incesantes reformas, inspiradas en los progresos de la Europa moderna, procura conquistar honroso puesto entre los pueblos cultos: el tercero, en fin, que da á conocer la población salvaje del Canadá. Dedicuémosles, pues, algunas líneas, siquiera sea en gracia á esta coincidencia, que pone á la vez en nuestras manos datos relativos á países que tan diferentes grados ocupan en la escala de la civilización.

Según el recuento practicado en el año 1876, y cuyos resultados generales vieron la luz pública á fines del año pasado, la población de la República francesa asciende á 36.905.788 habitantes: en 1872 era de 36.102.921, de modo que del uno al otro censo ha aumentado en 802.867 almas, que representan el 0,60 por 100 de aumento anual, aparte de lo que puedan alterar esta cifra la diferencia entre la inmigración y la emigración, cuyo dato no consta. Todavía son muy desfavorables estas cifras, porque en Europa solo en Irlanda, Austria y Grecia crece la población con mayor lentitud, pero han mejorado de un modo muy sensible,

puesto que los datos relativos al movimiento de la población durante el período 1861-63 daban por resultado un aumento anual de 0,35 por 100, lo que supone que para duplicar el número de habitantes se necesitarían 193 años, y la comparación entre los censos de 1872 y 1876 reduce este período á 117 años.

Pero no todos los 87 departamentos presentan tan favorable diferencia, pues llegan á 20 los que en vez de aumento han sufrido disminución á consecuencia del exceso de los nacimientos sobre las defunciones, de las modificaciones introducidas en el cultivo de las tierras y de la emigración á las grandes ciudades. Entre los departamentos que han recibido aumento en su población merece citarse el del Sena, que ofrece el de 190.789 almas, aunque esta cifra casi corresponde exclusivamente á la ciudad de París, que de 1.851.792 habitantes, ha ascendido á 1.988.806. Pero no es solo la capital de la nación la que figura con aumento: de las 43 ciudades francesas, cuya población pasa de 30.000 habitantes, solo tres (prescindiendo de Versalles, cuya guarnición ha quedado reducida á casi más de la mitad) presentan baja: Mompeller, Angers y Aviñon, y la correspondiente á esta última población no es más que de 188 habitantes. Por otra parte, el aumento total que presentan las 40 ciudades restantes asciende á 329.656 almas, de modo que el 41 por 100 de lo que ha crecido la población francesa, se debe á las expresadas ciudades. Solo ocho de ellas, París, Tolosa, Burdeos, Béziers, Saint-Etienne, Roubaix, Lyon y Marsella presentan un aumento total de 219.929 habitantes, es decir, más de la cuarta parte del mayor número de habitantes que ofrece el censo de 1876 sobre el de 1872. De Nancy no hemos hecho mención, á pesar del grande aumento que ha recibido (13.325), por deberse esto á un hecho excepcional, á la inmigración de los habitantes de la Alsacia, que al optar por la nacionalidad francesa fijaron su residencia en aquella ciudad.

Las poblaciones de la vecina República cuyo número de habitantes pasa de 100.000 almas, son nueve, á saber:

París.....	1.988.806
Lyon.....	342.815
Marsella.....	318.863
Burdeos.....	215.149
Lille.....	162.775
Tolosa.....	131.642
Saint-Etienne.....	126.019
Nantes.....	122.247
Ruan.....	104.902

Clasificados los municipios franceses según el número de habitantes, resulta la siguiente escala:

De menos de 100 habitantes.. . . .	653
De 101 á 500.....	15.890
De 501 á 1.000.....	10.867
De 1.001 á 5.000.....	8.137
De 5.001 á 10.000.....	306
De 10.001 á 20.000.....	122
De 20.000 en adelante.	80
	<hr/>
	36.056 (1)

El resumen publicado por el gobierno francés no contiene más detalles, por lo que pasamos á ocuparnos del último censo llevado á cabo en el Japon, que es el verificado en 1.º de Enero de 1874. Según este documento, que conocemos por la Memoria dirigida al ministro de Estado del gobierno francés por su representante cerca del Mikado, existen en aquel imperio 17.050.521 varones, y 16.575.157 hembras: total, 33.625.678; de modo que en el Japon predomina el sexo masculino, contra lo observado en casi todos los Estados de Europa, donde á pesar de nacer más varones que hembras, estas se hallan en mayoría, á causa de la mayor mortalidad á que se halla expuesto el sexo masculino, y de las emigraciones que se compone de hombres casi exclusivamente.

La extensión territorial del Japon asciende á 402.799 kilómetros cuadrados: de modo que la población y la superficie del imperio es de 83 habitantes por kilómetro cuadrado, cifra sumamente favorable, pues es superior á las de igual índole que presenta la mayor parte de las naciones europeas. Solo en Bélgica, Holanda, el Reino-Unido é Italia es más densa la población.

El censo japonés, que comienza con los nombres del Mikado actual, de la Emperatriz, de los diez jefes de la familia del soberano y de 19 miembros de estas mismas familias, presenta clasificados según el sexo y la edad todos los habitantes del imperio, en estos términos:

EDADES.	VARONES.	HEMBRAS.	TOTAL.
Menores de 15 años..	4.991.479	4.853.534	9.848.013
De 15 á 20..	2.021.143	6.707.349	13.751.254
De 21 á 40..	5.022.762		
De 41 á 60..	3.600.702	4.911.312	9.862.026
De 61 á 80..	1.350.012		
Demás de 80	62.554	98.309	160.853
Sin clasificar.....	1.879	1.653	3.532
	<hr/>	<hr/>	<hr/>
	17.050.521	16.575.157	33.625.678

Asímismo nos dá á conocer el censo japonés el número de individuos pertenecientes á cada una

(1) Las parciales suman, en realidad, 36.055; pero suponemos que alguna de ellas está equivocada, y que el total será el exacto, porque el error en este último no podría pasar desapercibido fácilmente.

de las principales clases sociales que constituyen el imperio, y es el siguiente:

CLASES SOCIALES.	VARONES.	HEMBRAS	TOTAL.
Cuadzocús (Daimios ó príncipes.....)	1.405	1.486	2.891
Chizocús (Samurais).....	938.734	944.531	1.883.265
Servidores de los Chizocús.....	3.769	3.477	7.246
Sacerdotes (Bouzos	107.645	57.045	164.690
budhistas.) Boucetos.....	3	4.248	4.251
Discípulos.....	33.550	3.423	36.973
Sacerdotes chintoistas.....	4.769	4.345	9.114
Simples particulares.....	15.960.646	15.556.602	31.514.248
TOTAL.....	17.050.521	16.575.157	33.625.678

El censo de 1874 no es el primero que se ha practicado en el imperio del Japon. Hízose ya un ensayo en 1872, imitando tambien en esto á las naciones europeas, y reconociendo en la Estadística uno de los más poderosos auxiliares de la administracion pública; pero los resultados obtenidos fueron tan defectuosos, que no se creyó prudente publicarlos.

No desistióse, sin embargo, de realizar el recuento general de la poblacion, y en 1.º de Enero del año siguiente se verificó un nuevo censo que por considerarlo muy aproximado á la verdad, se publicó y dió por resultado 33.300.675 habitantes, esto es, 325.003 ménos que en igual dia de 1874, diferencia que, comparada con la que resulta del exceso de nacimientos sobre las defunciones ocurridos en 1873, parece denotar que en el recuento de 1873 se cometieron algunas omisiones, pues la comparacion entre nacidos y muertos sólo da un aumento en la poblacion de 143.793 y la inmigracion en el Imperio es insignificantisima.

Comparadas entre sí las cifras que en uno y otro censo dan á conocer el número de individuos incluidos en cada uno de las principales clases del imperio, resulta que el de daimios continúa siendo el mismo; el de los Chizocús ó Samurais ha descendido 1.895.829 á 1.890.611, á consecuencia de que los japoneses pertenecientes á esta clase que se casan y fundan nuevas familias, actualmente abandonan su título y pasan á la categoría de simples particulares. Asimismo ha disminuido el número y personal de los templos chintoistas y budhistas, como ponen de manifiesto las siguientes cifras, que en cuanto al personal no comprenden las familias y discípulos de los asistentes al culto religioso:

TEMPLOS.	Año 1873.	Año 1874.	
Chintoistas..	Templos..	123.705	121.806
	Personal.	15.000	1.850
Badhistas...	Templos..	88.423	79.120
	Personal..	74.000	69.000

Pudiera creerse que este resultado es debido á un gran cambio operado en las creencias religiosas

de los japoneses en virtud de sus nuevas relaciones con los extranjeros, pero no es así. La verdadera causa consiste en que muchas de las personas dedicadas al culto y servicio de los templos han abandonado su profesion, á consecuencia de haberles privado el Gobierno de sus antiguos privilegios y rentas.

Llegamos por fin, al censo de la poblacion salvaje del Canadá. Esta se compone principalmente de cuatro razas: los Esquimales, Algonquinos, los Huron-Iroqueses y los Dene-Dindjie: los primeros habitan las costas de la bahía de Hudson; los Dene-Dindjie frecuentan esclusivamente el Far-West canadien y las entradas de las Rocosas; los algonquinos y huroniroqueses se han retirado al norte y oeste, empujados por las sucesivas inmigraciones europeas. Gran número de salvajes, sin embargo, más de la tercera parte habitan todavía algunas localidades de las provincias del sudoeste.

Los primeros datos de que se tiene conocimiento, relativos al número de aborígenes del Dominion, se refiere al año 1611, y se encuentran en las *Relaciones* publicadas por los misioneros jesuitas, pero no comprenden más que la raza algonquina. En los archivos de París se encuentran noticias sobre el mismo asunto, recogidas en 1736 por un oficial francés de nombre desconocido; pero no comprenden ni los esquimales, ni los Dene-Dindjie, omision de que tambien adolecen los datos comunicados en 1763 por sir W. Johnson, y publicados en la coleccion inglesa que lleva por título: *Plantations general papers*. En 1857 la Compañía de la bahía de Hudson ordenó á sus oficiales el recuento de los salvajes que frecuentaban los establecimientos de la misma, y llegaron á registrar muy cerca de 130.000; pero tampoco este documento puede servirnos de término de comparacion, por cuanto es sabido que despues de aquella fecha, en 1863, parte del territorio pasó á los Estados Unidos. De suerte que hasta que se verificó en 1871 el censo del Dominion no se ha hecho una valuacion completa y digna de confianza de los salvajes residentes en aquel vasto territorio (1), y el resultado que entonces se obtuvo fué el siguiente:

(1) El Dominion ó América británica del Norte, que en 1867 no comprendia más que el Canadá, la Nueva Escocia y el Nuevo Brunswick, desde 1872 comprende toda la Nueva Bretaña, es decir, todas las colonias inglesas de la América del Norte, á saber: el Alto y Bajo Canadá, el Nuevo Brunswick, la Nueva Escocia, las islas del Príncipe Eduardo, de la Magdalena, del Cabo Breton, de Terranova, el Labrador, el territorio de la bahía de Hudson, el de Slekin, la Colombia boinatice y la isla Vancoaver: total, 9.099.141 kilómetros cuadrados, de los que 7.599.000 corresponden al país de la bahía de Hudson. La poblacion total del Dominion asciende á muy cerca de cuatro millones de habitantes (3.718.745).

Esquimales.....	4.000
Algonquinos.....	46.028
Huron-Iroqueses.....	10.330
Dene-Dindjié.....	42.000
	<hr/>
	102.358

Más aún se hizo entonces. Mientras que en los trabajos anteriores se habían limitado sus autores á registrar la poblacion salvaje por grupos, tales como se presentaban estos en un momento dado, ora para los consejos, ora para la compra y venta de mercancías, en 1871 se ha hecho distincion de localidad, é incluido cada salvaje en el lugar de su constante residencia ó á donde ordinariamente acuden á cazar ó pescar, merced á lo cual ha podido hacerse la siguiente distribucion por provincias:

Provincias.	Ontario.....	12.978
	Quebec.....	6.988
	Nuevo Brunswick.....	1.403
	Nueva Escocia.....	1.666
	Isla del príncipe Eduar- do.....	323
	Manitoba.....	500
	Colombia.....	23.000
	Territorio de la bahía de Hudson.....	55.500
	<hr/>	
	TOTAL.....	102.358

De suerte, que más de la mitad de la poblacion salvaje del Canadá (78.500) se encuentra en Colombia y en el territorio de la bahía de Hudson. En el primer punto hay más de dos salvajes por cada habitante de origen europeo, puesto que estos no son más que 10.586; y en el territorio de la bahía de Hudson, todavía es mayor la desproporción, puesto que de los 65.500 habitantes que constituyen su poblacion total, sólo 5.000 son europeos. En las provincias civilizadas del Sudeste (Ontario, Quebec, Nuevo Brunswick, Nueva Escocia, Isla del príncipe Eduardo), la poblacion salvaje es tan insignificante que sólo consta en junto de 23.353 individuos, mientras que la poblacion total llega á 3.579.782 habitantes.

Clasificada la poblacion salvaje segun su modo habitual de vivir, y en mayor ó menor atraso, resulta que sobre 23.000 frecuentan las riberas y las costas dedicados á la pesca, hasta 62.000 en los bosques y praderas viviendo de la caza, y sólo 17.000 pueden considerarse como relativamente civilizados. Estos últimos todos pertenecen á las provincias del Sudeste, y habitan constantemente en verdaderos aunque pequeños pueblos. De cuando en cuando se dedican á la caza y á la pesca como sus congéneres; pues su ocupacion habitual consiste en la preparacion de pieles y fabricacion de varias clases de calzado rústico, aunque tambien

hay quien trabaja en los almacenes de madera, sirve de guía ó mandadero, y hasta llega á ser excelente cultivador.

Las evaluaciones hechas con anterioridad al censo de 1871 no permiten apreciar exactamente el aumento ó disminucion que haya podido tener desde una á otra época la poblacion salvaje del Canadá; pero son suficientes para convencer de que ha debido disminuir en términos considerables, tanto por el simple contacto con el elemento europeo, como por las luchas entre tribus, las hambres y las enfermedades consiguientes á la falta de higiene y de recursos. La prolongacion de la vida es uno de tantos beneficios que el hombre debe á la civilizacion.

J. JIMENO AGIUS.

LOS VENENOS DE LA INTELIGENCIA.*

III.

EL CLOROFORMO

Junto al alcohol, hay que colocar el cloroformo. Bajo el punto de vista fisiológico, la accion de estos dos venenos es casi idéntica, y si el uso que de ellos se hace, difiere mucho, no sucede lo propio con su manera de funcionar.

El cloroformo es un líquido incoloro, volátil, aromático, más denso que el agua y que no se mezcla con ella. Ha sido descubierto en 1831 por Soubeirán, y el procedimiento por el cual este químico lo obtuvo, se emplea aún hoy día. Basta destilar alcohol con hipoclorito cálcico y cal. Las propiedades hipnóticas del cloroformo se descubrieron en 1847 por Flourens, algunos meses despues que Jackson reconoció que el éter tenia propiedades análogas; pero el primer cirujano que lo ha empleado en una operacion sobre el hombre, es Simpson de Edimburgo, en Noviembre de 1847. Desde entonces, su empleo se ha generalizado hasta tal extremo, que hoy día no se hace ya operacion grave sin cloroformo; así que, se puede muy bien considerar el descubrimiento de la anestesia quirúrgica, como uno de los más preciosos de este siglo, tan fecundo ya en beneficios para la humanidad.

La principal accion del cloroformo consiste en la parálisis del asensibilidad ó sea la anestesia.

* Véanse los números 218, y 219, páginas 516 y 561.

Bajo este concepto, es como obra sobre la inteligencia, pues la sensibilidad no es más que una de las formas de ésta; pero conviene aclarar este punto, que está aún muy oscuro.

Dos grandes funciones son debidas al sistema nervioso: la sensibilidad y el movimiento; por la sensibilidad percibimos las impresiones que vienen del exterior, y por la escitacion de los músculos, ó movimiento, manifestamos nuestra voluntad ó actuamos sobre los objetos exteriores. Cuando no hay ni enfermedad, ni envenenamiento, la voluntad, es decir, la inteligencia, escita por medio de la médula espinal los diferentes músculos y origina un movimiento; pero esta condicion no es de absoluta necesidad, puesto que en los animales decapitados, por ejemplo, el sistema nervioso de la médula espinal puede aún producir movimientos en los músculos. Cuando no hay motilidad, no hay sensibilidad. Solo hay sensibilidad cuando la inteligencia está íntegra y es capaz de percibir; de modo que un sér no inteligente, no puede ser sensible. Las observaciones patológicas vienen en apoyo de este hecho; siempre que la inteligencia está afecta, hay al propio tiempo desórdenes de la sensibilidad y recíprocamente. Así que cuando se vé á un enfermo que presenta perturbaciones notables de la sensibilidad, si los nervios están intactos, puede asegurarse que el sistema nervioso central está lesionado, y de tal manera, que la inteligencia no ha quedado incólume.

La anatomía y la fisiología comparada están de acuerdo con la patología. Hay animales que sienten poco ó mal, por ejemplo, los inferiores, su inteligencia está oscurecida y su sensibilidad tan obtusa como su inteligencia. Por el contrario, á medida que se examinan los animales más inteligentes, se vé que la sensibilidad vá siendo cada vez más delicada, de modo que el hombre, que es el más inteligente de todos, es también el más sensible, y hasta en las diferentes razas humanas, las que están dotadas de mayor inteligencia, son aquellas en que la sensibilidad es más perfecta.

La disposicion anatómica de los centros nerviosos está en relacion con esta coincidencia; en el hombre es donde los cordones posteriores de la médula espinal, son más voluminosos relativamente á los anteriores.

Ahora bien, los cordones anteriores trasmiten las escitaciones motoras á los nervios, mientras

que los posteriores sirven para conducir las escitaciones sensitivas, del mismo modo que los lóbulos posteriores del cerebro, están con respecto á lo que sucede en los animales, más desarrollados en el hombre que los lóbulos anteriores.

En los posteriores es donde parece que se produce la percepcion de las escitaciones sensitivas.

Esta íntima relacion entre la inteligencia y la sensibilidad, no tiene por qué sorprendernos. Efectivamente, cualquiera que sea la influencia del desarrollo espontáneo de la misma inteligencia, segun la constitucion íntima del cerebro, que es su órgano, no es ménos cierto que todos los conocimientos que poseemos, proceden de nuestras sensaciones y del trabajo cerebral resultante.

La inteligencia es, en cierto modo, el producto de ambos factores, y las nociones esternas elaboradas y fecundizadas por la espontaneidad del espíritu, son las que originan la personalidad individual. Estamos, pues, autorizados, cuando vemos que la anatomía, la fisiología y la patología, establecen una íntima relacion entre la sensibilidad y la inteligencia, á decir que la psicología sanciona también, las positivas deducciones que estas tres ciencias nos proporcionan.

Los venenos que obran sobre la inteligencia son, pues, por esta misma razon, venenos de la sensibilidad. El alcohol no difiere, bajo este punto de vista, nada del cloroformo. Al principio de la embriaguez, hay un período de insensibilidad notable, pero en el período comatoso la insensibilidad es completa, y enteramente igual al último período del cloroformo; de modo que la intoxicacion por esta sustancia, sigue una marcha igual á la de la intoxicacion por el alcohol, pudiéndose distinguir un primer período de embriaguez, propiamente dicha, y un segundo período de sueño ó de coma.

Cuando respira uno cloroformo, las primeras bocanadas empiezan por aturdir, sintiéndose una especie de vértigo y un mareo bastante desagradable. Aumenta cada vez más el vértigo, y á medida que el paciente sigue respirando la sustancia tóxica, exáltanse más y más sus ideas. Oye todo lo que se le dice, y hasta responde, pero lo hace como una persona beoda, exajerando primero sus impresiones y aumentando esta

exajeracion de un modo desmedido; su juicio ha desaparecido ya, dá á las respuestas más insignificantes un acento teatral que produce á veces un efecto grotesco. Despues hácese cada vez más confusas sus ideas, toda vez que la voluntad y el juicio no existen. La concepcion de ideas abandonada así misma, se hace desordenada y delirante; en una palabra, se halla en un estado de sueño con ensueño, casi igual al que se presenta en el reposo ordinario.

Quizá no estará de más recordar aquí, con pocas palabras, los hechos psicológicos del sueño. El individuo despierto, es perfectamente dueño de sí mismo, conduce su pensamiento, y dirige sus concepciones en el sentido que le es más conveniente; mientras pasan y se suceden unas á otras toda clase de ideas ante su voluntad, puede retener cuantas le plazca y fijar su atencion sobre ellas, de modo que guarde un recuerdo de la que haya elegido como digna de conservarse; pero una vez que le sorprenda el sueño, este poder desaparecerá. Las ideas serán cada vez más fugitivas, más rápidas; será imposible retenerlas, el juicio ya no estará presente para rectificar al momento, el concepto desordenado y tumultuoso de las formas imaginativas, y las ideas disparatadas, absurdas, fantásticas se sucederán sin trégua. A medida que disparatemos más, la memoria y la atencion se debilitarán también más y más, y no podremos determinar matemáticamente, el momento en que no tenemos conciencia de nosotros mismos.

De buen grado, rogaría á mi lector que hiciese un estudio semejante ensímismo, y tratara de cojer el hilo de sus concepciones, en el momento en que se duerme. Advertirá que jamás se duerme de pronto, y que el primer efecto del sueño parece ser la pérdida de la atencion y de la voluntad. La concepcion y la hilacion de las ideas permanecen, sin embargo, intactas, y hé aquí por qué nunca son estas tan vivas como en ese momento de transicion entre la vigilia y el sueño. Para M. Baillarger, en este período intelectual, es cuando sobrevienen con más frecuencia las alucinaciones. Si pudiera citar mi propio ejemplo, diria que siguiendo los consejos de M. Brierre de Boismont, me he ejercitado en ver ideas bajo formas reales, de modo que para dormirme, trato de tener la representacion de objetos cualesquiera, y cuando empiezo á tener ante mi vista, un objeto que me parece real por

la nitidez de sus contornos, estoy seguro que empieza el sueño, pues en el estado de vigilia, no puedo ver nada parecido.

A veces, este objeto es completamente inesperado, y se trasforma en otro más sorprendente aún; vánse borrando poco á poco las imágenes, sin que la voluntad pueda modificarlas, y en una palabra, esto es una especie de kaleidoscopio, en el cual el yo, es un mero espectador. En vano trato de recordarlo; este espectáculo no termina nunca, jamás hay una imagen final. El recuerdo es cada vez más confuso, y por último, sobreviene el sueño sin que se pueda decir cuando, resultando de esto, que hay al despertar un vacío, es decir, un período de tiempo durante el cual el trabajo intelectual permanece oculto para nosotros.

Con el alcohol y con el cloroformo, los fenómenos son enteramente idénticos.

La memoria desaparece al mismo tiempo que la atencion, el juicio y la voluntad; de suerte que se asiste al espectáculo raro, de un individuo vivo que piensa, pero en el cual la vida y el pensamiento no dejarán recuerdo alguno, y á quien se le referirá lo que ha hecho, siendo esto enteramente nuevo para él. Habrá habido un vacío en el recuerdo de sus operaciones intelectuales, pero no en la sucesion de estas; el veneno no habrá perturbado el concepto de las ideas, sino el recuerdo de las mismas. (1)

Así es, que creemos que pueden hacerse de la facultad de la memoria, dos distintas y en nada comparables entre sí. Para poner un ejemplo, supongamos un individuo beodo que puede andar y dirigirse. Recuerda las calles que le conducirán á su casa, recuerda esta, el piso donde vive y su cuarto, y no obstante, al día siguiente, no se acordará de nada de lo que le ha sucedido; entre el momento en que se encontró con el vaso en mano ante la mesa de la orgía, hasta el instante en que se despertó en su cuarto,

(1) Es esto tan cierto, que en ocasiones los tribunales de justicia han tenido que intervenir en las aclaraciones de hechos harto desagradables para alguno que otro hombre de ciencia acusado por personas extraordinariamente irritables y sensibles del sexo bello, de haber abusado de la suspension de la voluntad y juicio de las mismas, provocando durante el sueño clorofórmico, sensaciones de orden material y esterno que atacaban más ó ménos directamente al honor; siendo difícil probarles que sólo un escitable cerebro era responsable de semejantes impresiones, enteramente psicicas, forjadas por una exaltada imaginacion y casi imposibles de borrar de la misma, á no poseer pruebas irrefragables y convincentes. (N. del T.)

hay un vacío, que no podrá llenar á pesar de los esfuerzos que haga. Sin embargo, su memoria le habrá bastado seguramente para hallar su camino, y sin duda que ha recordado los detalles necesarios para volver á su habitacion, pero no ha podido fijar las sensaciones y las ideas nuevas que han pasado por su espíritu durante la embriaguez. Hay, pues, que distinguir la memoria que retiene, de la memoria que retuvo. La primera no es posible sino cuando las facultades intelectuales, entre las que se encuentran la voluntad y la atencion, están intactas; para retener un hecho, hay que detener su inteligencia y poderlo hacer, ahora bien, este poder falta en el sueño ordinario, en el clorofórmico y en la embriaguez. Llamaria de buen grado esta parte de la memoria, *memoria activa* en contraposición á la otra, que es la *pasiva* é inconsciente. Esta no desaparece ni en el sueño, ni en la embriaguez, forma parte integrante de nosotros mismos y no podemos pensar sin ella. Cada idea, cada imagen, es un recuerdo modificado por recuerdos ulteriores: privada de esta suma de recuerdos, la inteligencia no existiria. Del mismo modo que ninguna fuerza se destruye en la naturaleza, y que los mares están aun agitados por la estela del barco de Pompeyo, así tambien todas las sensaciones que se perciben, han dejado su rastro en la humana inteligencia, de manera que la concepcion de las ideas es el resultado consciente ó inconsciente de todos los recuerdos acumulados ó elaborados. Cuando los venenos de la inteligencia destruyen la memoria no pueden alterar más que la memoria activa, reflexiva, consciente, no dirigen su accion sobre la memoria de los hechos pasados. Estos son indestructibles, y es necesario que sobrevenga una lesion mucho más profunda de los centros nerviosos para que desaparezcan.

No quisiera insistir mucho tiempo sobre esta distincion, pero la creo indispensable para poder comprender los fenómenos tan complejos de las perturbaciones de la inteligencia á consecuencia de la intoxicacion clorofórmica. Desde que el cloroformo absorbido por la mucosa pulmonar ha pasado á la sangre, la memoria activa que necesita de la atencion y de la voluntad ha desaparecido, y sin embargo, la inteligencia no ha muerto aún. Las ideas se conciben todavia, los antiguos recuerdos permiten á veces hasta la memoria de los hechos pasados, hállase estraña-

mente sobrescitada. Se habla un idioma que hacia mucho tiempo que se creia haber olvidado; recuérdanse antiguas historias que se creian sepultadas en el olvido más completo, y que permanecian adormecidas en un rincon de la inteligencia, como permanece un tesoro escondido en una cueva, sin que nada revele su existencia. Este fenómeno de la sobrescitacion de la memoria es tanto más interesante, cuanto que en las diferentes formas de la enagenacion mental, se les encuentra con los mismos caractéres, y coincidiendo tambien con la pérdida completa de la memoria activa.

Aunque la insensibilidad sobrevenga muy pronto con el cloroformo, no llega nunca sino despues de la pérdida de la memoria, y esta diferencia en la resistencia al veneno, produce un efecto de los más raros. Así, cuando se empieza una operacion y la insensibilidad no es completa, el paciente lanzará gritos, alaridos ó quejas, se agitará como si sufriera, y exclamará que la operacion no es aún conveniente. A veces, hasta manifestará un juicio erróneo, con respecto á la sensacion que experimenta, enteramente igual á la que siente un loco ó un individuo dormido. Al verle defenderse, agitarse y demostrar sufrimiento, se creará fácilmente que el cloroformo no ha tenido ninguna accion sobre su sensibilidad, y sin embargo, al despertar no conservará ningun recuerdo de todo lo que le ha sucedido. (1)

¿Un dolor que no deja vestigios en la inteligencia, es un verdadero dolor? Es más difícil de lo que parece, contestar á esta pregunta. Supongamos, en efecto, un dolor agudo, penetrante, que dura poco tiempo, por ejemplo, un minuto, seguramente que durante este minuto, habrá sufrido real y verdaderamente el individuo, pero ha desaparecido por completo el recuerdo del

(1) En los Anfiteatros de los hospitales, y en las operaciones quirúrgicas de la práctica civil, pueden apreciarse perfectamente estos hechos. Entre algunos casos recogidos de ese modo, recordamos un individuo que apenas hablaba castellano, entonaba salmos y latines como en los mejores tiempos en que era sacristan ó sochantre; convertíase otro en personaje de una escena más ó ménos cómica; quejábbase algun individuo amargamente durante la operacion, manifestando al terminar, con gran satisfaccion, que creia haber sido víctima de su mujer, que en vida acostumbraba á maltratarle: y por fin pudimos oír un completo vocabulario de palabras malsonantes en boca de una señorita, al parecer bien educada: todo lo cual pone en ridículo unas veces á la persona, y en grave aprieto á sus parientes en otras. (N. del T)

dolor, y no acordándose de nada este sugeto, no habrá por qué compadecerle. Él, por su parte, negará que ha sufrido, y se espondrá voluntariamente á otra nueva operacion, pues se imagina que no ha habido dolor, pudiéndose decir que ha tenido todo el beneficio de la anestesia clorofórmica.

En suma, en el estado normal el dolor persiste de un modo muy distinto: este mismo dolor agudo y penetrante que mencionábamos en un individuo sano, aunque dure en el estado agudo menos de un minuto, dejará tras el un recuerdo desagradable la inteligencia estará afectada, de modo que el recuerdo del dolor es, por decirlo así, el dolor mismo. Suprimir la vibracion prolongada de una larga excitacion dolorosa, equivale á la supresion del propio dolor; un dolor sin recuerdo, no será un verdadero dolor, pues le faltará lo que es característico á toda impresion dolorosa, esa vibracion prolongada que agita la conciencia y la memoria y que cada vez que vuelve, es la imágen débil, pero potente aún de primitivo dolor. Hé aquí, por ejemplo, dos individuos á quienes se arranca una muela: el uno no ha querido ser cloroformizado, el otro lo ha sido, de manera que ha perdido el recuerdo, pero no la sensibilidad. En estas condiciones, en el momento de la operacion ambos gritarán, y parecerá que sufren, pero al cabo de medio minuto, su estado no será ya el mismo: el primero sufrirá aún, bien por la conmocion general que le ha producido la violencia del dolor, bien por el recuerdo de este dolor que hará que la imaginacion se acuerde á cada instante de la penosa operacion de que ha sido objeto. Por el contrario, el segundo no se quejará ya, dirá que no ha padecido; la excitacion dolorosa no ha dejado huella, y todo se pasa en él como si no hubiera experimentado dolor de ningun género. (1)

Cuando se hace respirar cloroformo á un en-

(1) En esta consideracion se fundaban los cirujanos antiguos, que no poseyendo aun los anestésicos, cifraban su habilidad y reputacion en la prontitud de sus cruentas manipulaciones. Corre aun de boca en boca una anecdota referente á un médico (me parece que inglés) que habiendo invitado á un compañero á presenciar una amputacion, al volverse éste un instante para tomar un polvo de rapé, se encontró enseguida con que el miembro estaba separado del tronco. Bien es verdad que esta práctica obedecia al cuidado que tenian de evitar el gasto de dolor que podría acarrear alguna contingencia más posterior, así como al precepto de Celso, celeridad, oportunidad y seguridad. (Cité, *tutó et jucundè.*) Hoy se cuida con más preferencia de la oportunidad. (N. del T.)

fermo, hay que tener muy en cuenta su disposicion moral. Si es valiente y resuelto, todo pasará perfectamente, y no habrá dificultad ninguna en hacer desaparecer su sensibilidad, pero si por el contrario, la perspectiva de la operacion le causa un terror invencible, tendremos que redoblar la atencion y vigilancia, pues se ha notado que en estas condiciones el síncope era muy frecuente. Además, resistirá mucho tiempo el cloroformo, y habrá que hacerle respirar cantidades más considerables que si se abandonara confiadamente, sin experimentar ese temor invencible.

Seguramente que el cloroformo conserva siempre su poder; pero la excitacion cerebral á que están sujetos ciertos enfermos, les permite resistir á la accion tóxica, parece como que la voluntad puede exagerarse, ponerse en estado de tension, por decirlo así, á fin de luchar enérgicamente contra la accion fatal, y por necesidad siempre victoriosa, del veneno de los centros nerviosos. Ya hemos visto que en el alcohol, se observaba un efecto parecido. El que no quiere embriagarse, podrá absorber cantidades considerables de alcohol sin estar ébrio. Por último, la voluntad será vencida y caerá en tierra, pero no tendrá la alegre expansion y la excitacion delirante del que se abandonaba por completo. Tambien para el cloroformo, como para el alcohol, las circunstancias morales anteriores, tienen una gran influencia bajo el punto de vista de la forma del delirio. El que acepte sonriendo el cloroformo, tendrá una embriaguez alegre y jocosa, mientras que el que lo toma, tendrá un delirio seguido de gemidos y terrores.

A medida que avanzamos más, en este estudio, vemos que hay un antagonismo entre las diferentes facultades intelectuales, las voluntarias por una parte y las inconscientes por otra. Estas son las últimas que desaparecen; la concepcion de las ideas, cuando su direccion está alterada ó destruida, sigue sus leyes habituales; la asociacion de las ideas tiene lugar siempre, la cadena continúa, que une sin interrupcion la primera de nuestras concepciones con la última, no está rota por el veneno. Las sensaciones esternas llegan aún á nosotros, y cada una de ellas despierta en nuestra inteligencia, una larga série de concepciones. Como el sentido que desaparece el último, es el del oido, cuando el paciente no puede ya ni ver ni sentir, oye lo

que se dice á su alrededor, y enseguida las palabras de sus asistentes hacen surgir en su inteligencia, ideas de todas clases que se suceden con regularidad. Se encuentra en el sueño ordinario un estado idéntico rara vez en los adultos, pero bastante frecuentemente en los individuos muy jóvenes. Hay, con efecto, en los niños, casi siempre, un cierto grado de somnambulismo natural: sin despertarse, el niño habla en alta voz, tan pronto ríe como conversa, y las más de las veces se asusta y llora. La madre, que vela á su cabecera, puede, por medio de tiernas frases y dulces caricias, cambiar el curso de sus ideas, calmando esta agitacion y este terror. El niño no se despierta, pero se apaga su terror, sobreviene la calma y continúa tranquilamente su reparador descanso. Al despertar ha desaparecido todo recuerdo. En la enagenacion mental, se ha tratado de poner en práctica este método, para cambiar el curso del delirio de los melancólicos y de los hipocondriacos. No creo yo, empero, que la *instigacion* haya dado buenos resultados terapéuticos. (1)

Cuando se veia á un enfermo sumido en un delirio triste, se le decian al oido, como de paso, frases alegres y jocosas, esperando que originarian una série de ideas agradables estos conceptos, y acabarían por triunfar de las tristezas y temores del delirio melancólico.

Todos estos fenómenos exteriores que demuestran la conservacion, ya que no la integridad intelectual, no tardan en desaparecer. A los gritos, á los alegres cánticos, suceden palabras confusas é ininteligibles. Los músculos, enérgicamente contraídos á consecuencia de la violencia del delirio, relájanse lentamente, y acaban por permanecer inertes. Al período de escitacion, sucede el llamado de resolucion, durante el cual el sueño es profundo. Cualquiera que sea la violencia de las escitaciones exteriores, cualquiera que sea la gravedad de la operacion que se ejecuta, nada puede hacer salir al paciente del estado comatoso en que está sumido. Su respira-

(1) En cambio, los ejercicios corporales moderados, sobre todo al iniciarse la convalecencia, los diferentes juegos de cálculo ó azar, y muy principalmente el piano y el canto en el período en que vá declinando el mal, son de extraordinaria importancia: y como complemento á esta parte del tratamiento de los desgraciados afeetos de hipocondria ó melancolia, colocan los autores los paseos y los viajes. Dudamos con el Sr. Richet de la eficacia del método que cita, sobre todo al principio de la vesania, en que toda escitacion inoportuna de la sensibilidad es altamente perjudicial. (N. del T.)

cion es regular, su pulso es lento y lleno, sus pupilas inmóviles (1), y sus facciones como paralizadas, no afectan ya ese gesto convulsivo que es como el último rastro de la sensibilidad. La inteligencia está abolida, parece como que ha abandonado el cuerpo, y no se podria hacer fácilmente una distincion moral entre el coma originado por el cloroformo y el producido por la embriaguez. Y, sin embargo, ¡qué diferencia! El primero está destinado á impedir que sufra un sér humano, el otro es el último término de la degradacion y del envilecimiento; pero en ámbos casos toda apariencia de vida intelectual ha desaparecido: es una muerte momentánea la que sobreviene, que afecta las facultades intelectuales, y durante la cual, este maravilloso encadenamiento de ideas, sensaciones y percepciones que constituye el pensamiento humano, parece como que se ha interrumpido violentamente. Quizá en la intimidad de los tejidos nerviosos aún se verifique un trabajo cerebral inconsciente y silencioso; pero no podemos saberlo: por otra parte, nada nos autoriza á admitir que la inteligencia persiste cuando ha desaparecido todo recuerdo, y cuando ningun movimiento muscular esterno denuncia el trabajo profundo que se habia de llevar á cabo sordamente en los centros nerviosos intelectuales. (2)

Sin embargo, todas las partes del sistema nervioso cerebro-espinal, no están paralizadas; la respiracion y los movimientos cardiacos, se llevan á cabo con regularidad, lo cual indica integridad del bulbo raquídeo, mientras que las otras partes del encéfalo y de la médula espinal, no pueden ya verificar su funcion; esta persistencia en la inervacion del bulbo, es la circuns-

(1) Ninguno de estos tres datos pierden de vista los operadores, vigilando constantemente durante el trascurso de la operacion, un ayudante el pulso que ha de advertir, así como los movimientos del torax, el momento en que se halla comprometida la vida del paciente. Además, la pupila indica el instante oportuno en el cual empezó la anestesia completa. (N. del T.)

(2) Sin embargo, ya indicó anteriormente el autor que *este veneno no perturba el concepto de las ideas, sino el recuerdo de las mismas*, y entonces hubimos nos otros de hacer notar que se han dado casos perfectamente históricos donde conceptos equivocados surgieron del cerebro de ciertas personas, dando lugar á verdaderas ilusiones sensoriales. En ocasiones se tiene ocasion de observar, que los movimientos musculares hacen coro á tan psíquicos errores.

Por lo tanto nada nos autoriza á negar que la inteligencia persiste, aun despues de suspensa la sensibilidad del mismo modo que la inmovilidad propia de la inteligencia no es signo de muerte intelectual.

(N. del T.)

tancia que permite al cirujano dar el cloroformo sin gran peligro. No obstante, hay que atender incesantemente al estado del pulso y de los movimientos respiratorios, pues á fuertes dosis, el cloroformo concluye por atacar al sistema nervioso bulbar que preside los movimientos de la vida orgánica. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los que mueren por el cloroformo, son cada vez más raros, siendo más bien muertes repentinas, fortuitas, debidas á la acción directa del cloroformo. (1).

Por lo que á la médula espinal se refiere, teniendo ésta bajo su dominio los movimientos generales de todos los músculos del cuerpo, sufre la influencia del veneno más tarde que el cerebro, pero más pronto que el bulbo, de modo que las tres regiones del sistema nervioso, que presiden las tres funciones diferentes, parece como que sufren aislada y sucesivamente la acción del cloroformo. M. Claudio Bernard, en recientes experimentos, ha demostrado que el cerebro se paralizaba ántes que la médula espinal, de modo que la sensibilidad está afectada, cuando la motilidad está aun intacta; así como también ha probado que el cerebro ejercía sobre la médula espinal, una especie de acción paralizadora.

Privando la médula de cloroformo y limitando la acción de este líquido en el cerebro, se obtiene la anestesia, y ésta será imposible hasta tanto que las células nerviosas mueran por completo; es decir, cuando se limite la acción del cloroformo á la médula, impidiendo que el encéfalo sufra la acción del veneno.

Así se halla comprobada, la distinción que hemos establecido entre los diferentes venenos del sistema nervioso; unos que obran sobre la motilidad, otros sobre las funciones orgánicas, y por último, otros sobre la sensibilidad y la inteligencia, entre los cuales se halla el cloroformo.

Varias sustancias tóxicas y volátiles obran del mismo modo que el cloroformo y podrían reemplazarle si necesario fuera; pero lo cierto es, que el cloroformo es el tipo de los anestésicos. El éter, el amileno, los compuestos clorados

del metileno y aun del etileno, se han empleado sucesivamente, pero sin mucho éxito, á escepcion quizá del éter, que tiene aun sus partidarios, sobre todo en los hospitales de Lyon. Algunos gases tienen propiedades análogas, especialmente el protóxido de azoe. Humphry Davy, que descubrió este cuerpo, á principios de siglo, notó al propio tiempo, que podia dar lugar á una especie de embriaguez alegre, y lo llamó *gas hilarante*. Se ha comprobado desde entonces, que el protóxido de azoe, no tenia sobre los otros cuerpos la propiedad de provocar una loca alegría y que la forma del delirio consecutivo á las instalaciones de este gas, dependian del individuo mismo y de sus disposiciones morales.

No se utiliza el protóxido de azoe para las grandes operaciones, y solo en la cirugía dental es donde se emplea para obtener una anestesia, que sobreviene rápidamente y desaparece del mismo modo.

Muy recientemente se ha introducido en la terapéutica, un nuevo cuerpo bastante parecido al cloroformo por su composición química y sus propiedades fisiológicas; me refiero al cloral. Se ha tratado de emplear el cloral para los mismos usos que el cloroformo, pero no se han obtenido más que resultados incompletos y nada satisfactorios. Hacen falta enormes dosis de cloral, para hacer desaparecer todo rastro de sensibilidad. No hay que despreciar, sin embargo, esta sustancia; calma los dolores espontáneos y produce un sueño tranquilo y agradable; en ciertos casos, su acción es más parecida á la de la morfina que á la del cloroformo. Es muy probable que el cloral, introducido en el torrente circulatorio se descomponga, conforme á una reacción química que M. Personne ha descubierto, en cloroformo y formiato de sosa; pero en suma, todos los venenos de la sensibilidad obran de un modo casi semejante, y es más fácil notar sus analogías que sus diferencias.

CÁRLOS RICHEL.

Trad. de Manuel de Tolosa y Latour.

(Continuará).

(1) Por lo que á esto respecta, véase la obra de Claudio Bernard sobre los anestésicos y la asfixia, en que están especificados todos los experimentos que menciona el Sr. Richet.—(Paris J. B. Bailliere. 1875.)
(N. del T.)

LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES.

DON JUAN VALERA.

(Conclusion) *

La religion, cosa muy santa y muy digna de que los hombres la tomen por lo grave, puede ser trasformada merced á ilusiones fantásticas y quiméricas imaginaciones propias de la edad juvenil, en un verdadero libro de caballerías. Así como en la edad madura el hombre se aplica á convertir en sustancia cuanto se halla dentro del radio de su horizonte moral y sensible solidificando, por decirlo así, el ambiente que le rodea, del mismo modo el jóven cifra su empeño en convertir en fluido imponderable, en humo, en nada, cuanta sustancia miran sus ojos y tocan sus manos.

El mundo gaseoso que todos hemos habitado por mayor ó menor lapso de tiempo, está impregnado de una pasión omnipotente pero oscura y arcana aun para el mismo que padece sus efectos. La naturaleza, la religion, el arte no nos hablan más que un lenguaje indefinible y dulce. El alma no toca á la alegría y la tristeza, sino que alternativamente se anega y se revuelve en ellas con extraña violencia. Un vapor sutil é interno sube del corazón al rostro movido por una palabra, por un soplo, y lo enrojece. El sacrificio nos causa dulzuras inexplicables, la soledad nos arrastra con poder irresistible, la meditación es sueño, el sueño es alucinación.

Todo es furtivo y vago en esta edad, pero ardoroso y excéntrico. Los sentimientos dentro de nuestro ser se dilatan y amenazan romper su molde. El fuego de nuestra alma vá haciendo presa en ellos y devorándolos todos hasta que llega á uno ante el cual se detiene. ¿Qué sentimiento es este cuyo poder reconoce nuestro espíritu al cabo, y al cual ofrece en holocausto todos sus pretéritos sueños y fantasías?

Esperad un poco; Valera nos lo vá á decir.

Era D. Luis de Vargas un jóven de veintidos años de edad, "muy salado, con mucho ángel y con unos ojos muy pícaros," aunque seminarista.

Confieso que éste *aunque* que acabo de estampar tiene cierto sabor herético. Estoy admirado de lo fácilmente que se cae en heregia cuando no está uno prevenido.

A los veintidos años, como ya tuve el honor de indicar, se tiene siempre algun romanticismo en la cabeza. Este *siempre* me parece ahora algo benévolo, pero lo dejo porque no me gusta andar en distinciones. El romanticismo de don Luis era el *amor divino*, con su cortejo de transportes místicos, escrúpulos, desprecio de los bienes terrenales, conversión de infieles etc. etcétera.

Era un niño muy teólogo que rezaba y pensaba mucho y que lloraba en el silencio de la noche al oír los acordes de la guitarra rasgueada por un campesino enamorado.

Don Luis, que habia ido por algunos dias á su pueblo antes de recibir las órdenes mayores, á las cuales se avecinaba, escribía luengas cartas á su tío el dean de la catedral de.... En tales cartas desahogaba el tonsurado mancebo con gran discreción los profundos y sutiles afectos que bullían en su alma. Levanta suavemente á vista del lector la cortina á un mundo de pensamientos vagos y áeros, á una serie de cavilaciones laberínticas y exajeradas que muestran bien en claro el estado de confusión de su espíritu. Sin embargo, una frase ténue, casi imperceptible se añade pronto á esta sinfonía ascética que D. Luis hace sonar en sus epístolas; el nombre de una mujer. Esta frase se oye más clara y más distinta en cada nueva carta; vá *crescendo, crescendo*, hasta que se convierte en tema principal. ¡Qué arte tan admirable despliega aquí Valera! No es posible mayor delicadeza ni un conocimiento más perfecto del corazón humano.

El dean advierte la nueva fase que presenta la mística de su sobrino, y le aconseja que se aparte del peligro si no quiere caer en él, ó lo que es igual, que pierda de vista cuanto más ántes á Pepita Jimenez. Son de leer entonces los intrincados razonamientos y agudezas del mancebo para convencer á su tío y convencerse á sí propio de que la corriente de sus ideas marcha siempre por el cauce del amor divino. Aunque no fuese más que para aguzar el ingenio, convendría que todos estudiásemos un poco de teología. Mas ¡ay! que la teología, *fuerte contra Dios*, como Israel, es débil contra una viuda de

(*) Véase el núm. 218, pág. 519.

veinte años. Toda la teología de D. Luis de Vargas viene al suelo reducida á cenizas, como una mómia que se sacude, al estrechar la mano de Pepita Jimenez. El sobrino de su tío siente discurrir por sus venas una idea dulce y heterodoxa. Todavía habla de áspides y serpientes que es preciso aplastar; todavía cita textos de la Escritura y se compara á Holofernes y al corzo sediento, y exhala quejas como el Salmista, pero utiliza la Biblia también para llamar á su amante fuente sellada, huerto cerrado, flor del valle, lirio de los campos, paloma mía y hermana.

Cuando el atribulado joven pide á Dios con acento lastimero que separe de sus labios el cáliz de la amargura (Pepita Jimenez), los del lector no pueden ménos de contraerse con una sonrisa de asombro, de tristeza y de burla. Valera interpreta fielmente el sentido profundo, pero insensato y absurdo de la mística cristiana.

Concluyen las cartas de D. Luis y con ellas la primera parte de la novela.

En la segunda, titulada *Paralipómenos* se narra con cierto intencionado ensañamiento la tremenda caída de D. Luis desde la cumbre de su imaginario ascetismo. Pepita se prenda frenéticamente del seminarista y le dá á entender su amor por todos los medios conocidos hasta lo presente. D. Luis vacila como un santo llevado sobre andas en día de procesion. El amor divino y el amor humano riñen encarnizada batalla dentro de su alma. Toman parte por el amor divino ciertas consideraciones sociales, á saber: la reputacion de santo ganada por D. Luis, y de la cual, como de todas las reputaciones, cuesta mucho trabajo desprenderse; la sorpresa dolorosa del dean al saber su repentina caída, idem la del obispo que habia recomendado con mucho encarecimiento la solicitud de dispensa, idem la del Sumo Pontífice que la habia concedido en gracia de las relevantes cualidades del candidato. Favorecen al amor humano, su padre D. Pedro que se hallaba enterado de todo por su hermano el dean; Antoñona servidora leal y habilidosa de Pepita, y la desesperacion de esta que no comia, ni dormia, ni sosegaba por culpa del arisco teólogo. Las fuerzas de entrambos contendientes, como se vé, están equilibradas.

¡Pero qué desalmado y maquiavélico es el señor Valera!

Sin más ni más se pone de parte del amor humano, y prepara al infortunado D. Luis una

emboscada tan cargada de lazos y peligros que no hay santo en el almanaque que supiera escapar á ella. Antoñona, pintando y aún exagerando á D. Luis el estado de tristeza de Pepita, le arranca la promesa de ir á verla antes de su partida, decretada por él mismo para el día siguiente.

Y el Sr. Valera, digo Antoñona, señala para la cita la hora más comprometida del mundo; las diez de la noche. Era una noche serena y perfumada de Andalucía. Brillaban en lo alto las estrellas; sonaban en lo bajo formando un concierto dulcísimo, las castañuelas, las guitarras, los ruseñores y los grillos. Celebrábase en el lugar de D. Luis la verbena de San Juan. La luna, el aire, los arroyos, las yerbas y las flores, todo lo arregla el Sr. Valera á su gusto, para perder al mísero D. Luis. Pero lo arregla tan admirablemente, que repito lo que ántes dije: quisiera ver allí á muchos santos del Calendario.

D. Luis penetra en la casa de Pepita, donde previamente, el Sr. Valera, como Mefistófeles, habia evocado á los demonios de la voluptuosidad, encargándoles mucho celo y discrecion.

La visita comienza *grave y ceremoniosa* hasta que entran en materia. Una vez entrados, voy á dirigir al autor una sentida queja. ¿Por qué ha dado usted tan poco movimiento al diálogo, y hace que Pepita y D. Luis, en vez de hablar como Dios manda en tales casos, pronuncien esos discursos tan metafísicos y tan indigestos?

Afortunadamente D. Luis, con todo aquello de la luna, el aire diáfano, los ruseñores, los grillos y las estrellas, venia de buen temple. La pasion triunfa de la metafísica, y sucede lo que ustedes pueden ver leyendo á *Pepita Jimenez*.

Esta escena y todo lo demás que acontece hasta la conclusion de la novela (que ya no es mucho), lo premiaria yo con la inmortalidad si en mi mano la tuviera. Al ver la resignacion con que D. Luis se acomoda á beber el cáliz de la amargura por los ojos de Pepita Jimenez y la filosofia positiva terrenal y tangible que de pronto le acomete expresada por un sin fin de reflexiones y silogismos á cual más graciosos, no hay labios que no sonrían, no hay ojos que no brillen.

Dicen que el fondo de *Pepita Jimenez* es *satánico*, pero ya pueden ustedes suponer quiénes lo dicen. Es más difícil que éstos críticos lleguen

á entender ciertas cosas que el que un camello pase por el ojo de una aguja.

El fondo de la novela del Sr. Valera es humano, y porque es humano nos interesa. Cierto que algo tiene de Satan D. Luis de Vargas. Se desploma como de él por virtud de fuerza mayor, pero Satan cae trágicamente de los cielos herido por el rayo y D. Luis sólo cae de su asno. Las ansias y los arrebatos de su ardiente corazón enderezados merced á circunstancias de su vida hácia el ideal religioso, eran indicios seguros de que aquel corazón esperaba como la noche al día, la visión de un misterio inefable; la revelación de la mujer. Sus sueños y sus ilusiones no se disipan, porque son privilegio dichoso de la juventud, solo cambian de rumbo y van á libar de la vida real el dulce néctar de la voluptuosidad. ¡Oh! si la realidad nos arrancara siempre de la región de los sueños con mano tan delicada como á D. Luis de Vargas!

Por su forma es *Pepita Jimenez* la obra más perfecta de Valera y una de las más esmeradas y primorosas de la literatura española. La acción, que no puede ser más sencilla, está presentada con mucho orden y originalidad. Los caracteres trazados con más delicadeza que brio pero vivos y correctos. Las descripciones de un colorido inimitable y exornadas por las galas de ese estilo mágico que sólo posee Valera. El diálogo, un tanto oscuro y alambicado.

¡Lástima de metafísica!

* * *

Al ocuparme en la crítica de *Las ilusiones del doctor Faustino* vuelvo á exclamar: ¡lástima de metafísica!

No comparto, sin embargo, la especie de que esta producción constituya un gran yerro del autor, como muchas veces he oído afirmar.

Las ilusiones del doctor Faustino, aunque en orden á sus proporciones, desarrollo y aliño de la forma se encuentra muy porbajo de *Pepita Jimenez*, está á la misma altura, y aún por encima, considerando la trascendencia y magnitud del asunto, la verdad de los caracteres y la profunda ironía que envuelve toda la obra.

En España, donde solemos morirnos algunas veces de seriedad, no dá gran resultado un estilo como el del Sr. Valera. Se supone que para que salgan bien las cosas es necesario hacerlas con la mayor gravedad posible, casi sin pesta-

ñear. Y mucho ménos se comprende que el escritor descienda de esa prosa campanuda é impasible, sin olor, color ni sabor, ni otros accidentes de pan y vino, á una más familiar y corriente sin moldes forjados de antemano, donde se rie cuando se tiene gana y se llora si hay algo que lo merece.

El que tal prosa emplee en sus escritos, créame usted Sr. Valera, si se llama Juan no pasará de Juanito.

Acaso, y sin acaso por ser *Las ilusiones del doctor Faustino*, una de las novelas más picantes, más sustanciosas y mejor intencionadas que se hayan producido en España y fuera de ella, no ha conseguido á su salida por el mundo, más que desaires y vejámenes.

Yo voy á estar más fino, aunque no tanto que me pase. Doy por leída la obra, para evitarme la molestia de narrar el argumento, y paso con la mayor frescura á decir mi opinión.

Vuelven á ser las ilusiones y los sueños de un joven el tema en que se emplea la perspicua inteligencia de Valera. Mas las ilusiones del héroe de esta novela no toman el rumbo generoso que las de D. Luis de Vargas, no salen á espaciarse por las luminosas esferas de la religión, ni por los campos inmarcesibles del sacrificio, son ilusiones más caseras y no trascienden del yo bastante enrevesado del doctor Faustino.

Cualquiera ha sido joven en este mundo. Este cualquiera que escribe semblanzas literarias, lo es todavía. No es difícil tampoco tener ilusiones. Yo las tengo muy grandes de que ustedes no me suelten de la mano. Pues bien, cuando las ilusiones distan mucho de la realidad, como en este caso, surge el ridículo, que hábilmente presentado por una pluma discreta y afilada como la del Sr. Valera, sirve de provechosa lección y enseñanza saludable.

La ilusión es el mismo deseo revistiendo forma, tomando vida y apariencia de verdad en la fantasía. Por eso los hombres de imaginación son los más propensos á concebir ilusiones y á naufragar en sus pérfidas aguas. Mas como quiera que la imaginación es la facultad más amable del alma y la que imprime carácter de hombre, el doctor Faustino con todas sus ilusiones, sueños y fantasías, si logra hacerse ridículo no excita antipatías ni rencores. Antes me figuro que todos le miran con marcada benevolencia y hasta presumo que el autor llega á prendarse de

él por la nobleza y originalidad de su espíritu. Siempre los amores, traen inconvenientes y los del Sr. Valera en esta ocasión han traído para su novela un desenlace desproporcionado y no muy bello. Con el fin de preparar el trágico remate de la obra se vé el autor en la necesidad de vulgarizar al héroe. En efecto, pierde el doctor Faustino su primera originalidad y se transforma en un carácter endeble y pasivo cuya muerte más sorprende que conmueve. El autor deshace con harta precipitación y torpeza la delicada urdimbre del carácter del héroe. Más que desenlace parece un corte de cuentas.

En la fábula no brilla el Sr. Valera como ya tuve el descaro de manifestar, más á mí se me advierte que es mejor que no brille. De intrigas tenebrosas, espantables y absurdas nos tienen hasta el cuello los novelistas franceses y la más enferma parte de los españoles. Y sin embargo, ¡quién diría que el Sr. Valera tan sencillo, tan razonable y tan sóbrio en sus fábulas, ha introducido en la de esta novela un elemento maravilloso que resulta melodramático! Yo bien sé por qué lo ha introducido el Sr. Valera. Es que ha oído decir á los críticos que no tiene imaginación y que no consigue dar un interés palpitante á sus novelas. Porque los críticos son de esta guisa. Se presenta un hombre blanco y le llaman pálido; se presenta un moreno y le apellidan negro. Sale á luz un novelista de mucha intriga y enredo: truena crítica contra la intriga y califica al novelista de intrigante y mala persona. Aparece otro sensato y discreto: entonces la crítica hecha de ménos la intriga y se queja amargamente de que no le interese.

Valera ha dicho: ¡quereis aventuras estupendas? Pues allá van; y nos propinó las de *la inmortal amiga*. Yo me permito creer, Sr. Valera, que no debe usted abandonar jamás por ninguna clase de murmuración, es decir de crítica, el género realista del cual tan brillante muestra nos ha dado en *Pepita Jimenez*, porque opino como su correligionario Voltaire que todos los géneros son buenos menos el fastidioso.

No hay en el género de Vd., es verdad, motivo para soltar muchos cabos con el exclusivo objeto de amarrarlos después como Dios dé á entender, que á veces lo dá á entender pésimamente, y otras ni bien ni mal, pero en cambio puede comunicarse á la novela un interés más espiritual y de mejor ley, desarrollando plásti-

camente un pensamiento luminoso y fecundo, interpolando descripciones como la de la Nava en el capítulo titulado *El paraíso terrenal* tan fresca, tan viva, tan primorosa y tan mágica que puede figurar dignamente al lado de algunas del *Quijote*, y dibujando en fin con felicidad caracteres y tipos humanos cuyo estudio se me antoja más digno de un ingenio privilegiado como el de Valera que la exposición desatinada de aventuras increíbles, propias para despertar miedo en los niños.

Las ilusiones del doctor Faustino es una novela de caracteres, y sobre los principales, ustedes me dispensarán si digo algunas palabras.

Yo, que al igual de todos los cándidos, cuando quiero tener malicia me paso de malicioso y suspicaz, he pensado descubrir que el doctor Faustino es el mismo Sr. Valera que viste y calza y que todos los días vemos por ahí, gozando una tranquilidad de espíritu un tanto positivista y epicúrea, aficionado á las especulaciones y sistemas metafísicos que le interesan como pura poesía, amando y respetando la realidad, hecho en fin un D. Juan Fresco. El hombre dá mucha vuelta con los años y creo que para llegar á la situación de ánimo de D. Juan Fresco, es necesario haber pasado por la del doctor Faustino ó algo que se le parezca.

Este pensar mio es el que ha dado margen al cariño que profeso á la obra que voy examinando. Eso de conocer el corazón humano cuando es el corazón humano de otro, no me parece lo más fácil del mundo; mas tratándose del propio, la tarea se simplifica extraordinariamente. El señor Valera, que tiene su alma en su armario, la saca, la limpia el polvo, y la ofrece á nuestra vista. Por eso me embelesan los tipos del doctor Faustino y D. Juan Fresco, porque resultan bellos y al mismo tiempo humanos.

El carácter de D. Juan Fresco, nada más que apuntado ó bosquejado en esta novela, aparece plenamente desenvuelto en el *Comendador Mendoza*, última producción romancesca del autor que venimos estudiando. Son indudables y patentes las afinidades que guardan entre sí el antiguo y el coetáneo retirado de Villabermeja, y de ambos caracteres tan nobles como despreocupados, repito que conceptúo propietario al Sr. Valera.

La obra no tiene, ni con mucho, la trascendencia y significación que *Las ilusiones del doctor*

Faustino ni la originalidad de *Pepita Jimenez*. En cambio uno de sus tipos, el de D.^a Blanca, está trazado con más brio del que Valera acostumbra, y su acción, aunque excesivamente sencilla, es rápida é interesante.

Señor Presidente, me siento fatigado y ya no tengo más que decir sobre el Sr. Valera.

Se levanta la sesión.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA*

Todo producto, hemos dicho, supone el concurso de la naturaleza y el trabajo: y, como la parte de la naturaleza es comunmente gratuita, al paso que la del trabajo no lo es, ha de ser necesariamente de la última de donde procede el valor; por consiguiente, á medida que la parte del trabajo sea mayor en una producción cualquiera, con relación á la de la naturaleza, tendrán mayor valor los productos. Pero no debe olvidarse que el trabajo es esencialmente perfectible, puesto que produce cada día más en igual tiempo; y de ahí que, cuanto más perfecto sea el trabajo, mayor sea la tendencia á la baja del valor, atendiendo al continuo perfeccionamiento, ó sean los menores gastos de producción que origina todo adelanto. Así que muchos productos, casi todos, aunque en proporciones diferentes obedecen á la vez á dos tendencias contrarias: al alza, porque el trabajo entra cada día por más en la producción; á la baja, porque los procedimientos del trabajo se perfeccionan todos los días. Cuando estas dos tendencias se equilibran, salvo las variaciones accidentales, el valor no sufre alteración sensible; cuando una de las dos se sobrepone, el valor baja ó sube, según el caso. La tendencia á la baja predomina constantemente, cuando el concurso del trabajo perfección es relativamente mayor como sucede en muchos productos de la industria manufacturera.

A esa doble tendencia en los productos agrícolas se debe el no poder afirmar en absoluto, si las sustancias alimenticias, tomadas en globo, han aumentado ó disminuido de valor de un siglo á esta parte. De cualquiera manera, lo que se puede asegurar es, que los salarios hoy entran por una parte más considerable que antes en la composición de los precios: este es un hecho en el cual, todos creemos, convienen, y no es preciso más para hacer ver el poco fundamento de las sombrías profe-

cias de Ricardó; debemos, pues, dejarlo consignado. Pero aun nos permitiremos afirmar más, á saber: la parte de los salarios en la producción irá siempre en aumento, al paso que la *renta* irá siempre en disminución, que es todo lo contrario á lo profetizado por Ricardó. Creemos no tener necesidad de advertir, que no nos referimos al arrendamiento, sino á la *renta*.

¿Qué se entiende por una tierra más fértil ó mejor situada que otra? La que, para dar el mismo resultado, no exige tanto trabajo como la otra. La *renta*, ya lo hemos dicho, no es, en realidad, sino la diferencia de valor, que procede de que no todas las tierras exijan igual concurso del trabajo para las producciones agrícolas. Pero esta diferencia, ¿deberá ser siempre la misma, aumentará ó disminuirá? Hé ahí toda la cuestión promovida por Ricardó: nosotros creemos, que esa diferencia en las tierras irá en disminución.

Dice Ricardó: "Cuando los hombres se establecen por primera vez en una comarca ó país rico y fértil, del cual baste cultivar una pequeña extensión para el consumo general de los pobladores, ó cuyo cultivo no exija más capital que el poseído por los colonos, no habrá *renta*; porque nadie pensaría en comprar el derecho de cultivar un terreno, donde habria tantas tierras sin dueño, y por consiguiente á disposición del que quisiera cultivarlas." *Des principes, etc. ch. 2.º*

Al expresarse así Ricardó, incurre en dos gravísimos errores; errores que, como suele decirse vulgarmente, no tienen perdón de Dios en tan notable economista. Consiste el primero en que, después de baldonar á los economistas de su tiempo porque confundían la *renta* con el arrendamiento, nos viene él incurriendo en la misma confusión. En ese país nuevo no habia, en efecto, quien comprase el derecho de cultivar, ó lo que es lo mismo, no habia arriendo, si no habia arrendadores: pero ¿quién lo duda? Habria *rentas*; si habia desigualdades de fertilidad y de posición de las tierras. Consiste el segundo, y tampoco merece perdón, en que Ricardó manifiesta en ese pasaje, que no comprendia la enorme diferencia que presentan dos comarcas fértiles, cuando la una está, ó casi está, inhabitada, y la otra ocupada desde hace muchos siglos por una población densa y avanzada en civilización. Si hubiera comprendido esa diferencia, jamás habia pensado, lo que parece haber pensado, bien que no lo diga explícitamente; esto es, que un país nuevo no existen las desigualdades del suelo que originan la *renta*. Precisamente en esos países es donde se encuentran más, y más profundas desigualdades.

Si Ricardó hubiera recorrido tantas veces como nosotros la América meridional, y visitado siquie-

(*) Véanse los números 213, 214, 215, 217, 218 y 219, páginas 370, 405, 432, 204, 526 y 568.

ra algunas de las islas de la Oceanía, se habría convencido fácilmente de la exactitud de los hechos, consignados con escrupuloso cuidado por Mr. Garey en su libro más arriba citado. Cuando se extiende la vista sobre un país inculto y salvaje, no es posible dejar de impresionarse, en efecto, al considerar las enormes diferencias que presenta su superficie, bajo el punto de vista de la utilidad que el hombre podría obtener de él; cuanto más fértil es el país más considerable son las diferencias. Por un lado, no se ven sino lagunas inaprovechables é insanas; por otro, bosques impenetrables hasta á la luz, cuya exuberancia espanta; aquí, rocas ó arenas que lo esterilizan todo; más allá, comarcas que parecen hospitalarias: pero en las cuales las frecuentes é inevitables inundaciones no permiten establecerse al hombre; en otras, lluvias borrascosas que forman torrentes espantosos y lo arrastran todo; en otras, grandes corrientes de aguas, que la civilización sólo podría utilizar; en otras, una sequía perpétua. En semejantes condiciones de tales países, no quedan para la industria sino uno que otro espacio, separados por grandes distancias, de muy difícil comunicación entre sí. ¿Puede decirse, como Ricardo, que en tales países no puede darse la *renta*, esto es, que las tierras son igualmente productivas y bien situadas? La verdad es, que los rentistas son miserables: pero eso no impide que las desigualdades del suelo sean extremas.

En esas condiciones primitivas de la economía agrícola, es necesario, indispensable á todo progreso, la elevación de los valores, á consecuencia de un concurso más considerable del trabajo en la producción. Sin él, la agricultura quedaría eternamente limitada á esas lastimosas proporciones que tiene aun en nuestros días en el interior de la América meridional: esto es, estaría confinada como allí, en algunos arripiezos de valles elevados, que forman acá ó allá dos ramales de gigantes montañas, y de algunos llanos donde las aguas no se detienen jamás. La riqueza que sería necesaria, es decir, de valores ó sea de trabajo, para poner en cultivo todo el suelo de aquella América, apenas puede figurárselo la imaginación. Pero para emplearla, habría de contarse con consumidores, esto es, con población. El trabajo aumenta la población y ésta el trabajo. En esta última proporción aparece que nos envolvemos en un círculo vicioso; más tarde nos desenvolvemos. La humanidad progresa siempre que su economía no es falseada por intervenciones intempestivas.

A favor de la elevación del valor, se extiende progresivamente la agricultura; pero no siempre, como pudiera creerse, sobre los lugares de su primer asiento; la naturaleza del suelo no se presta á

ello. Evitando cuidadosamente desigualdades más considerables, se extiende por donde quiera el límite del valor le permite producir con ganancia; así que nada parece más caprichoso que su desarrollo. Para formarse una idea cabal de ese desarrollo, es preciso reflexionar acerca de la repartición de las aguas en un suelo accidentado. A veces se acumulan éstas en un punto, y su nivel se eleva rápidamente; otras, por el contrario, se extienden á lo lejos, sin elevación sensible de nivel; otras, encuentran una salida que da paso por mucho tiempo á toda la que recibe: pero si la efusión continúa indefinidamente, se eleva su nivel sobre el suelo que la recibe, concluyendo por desaparecer este. ¿A qué vienen á reducirse entonces las desigualdades de la superficie de ese suelo? Dejan de existir, porque el líquido que las cubre no permite ver ninguna de esas desigualdades.

Eso mismo pasa con las desigualdades económicas de la agricultura, bajo el nivel uniforme del valor creciente. Pero los perfeccionamientos del trabajo que hacen bajar los valores impelen al desarrollo la agricultura, de la misma manera que el alza de los valores, puesto que, para ese desarrollo, sea lo mismo aumentar los medios de producir, por un alza de los valores, ó por un perfeccionamiento del trabajo; y de ahí, que esas dos progresiones en sentido inverso, que hemos establecido, la una tendiendo al alza, y la otra á la baja de los valores, contribuyen simultáneamente á su desarrollo. Pero ya lo hemos dicho también, llega el momento en que predomina la segunda tendencia, esto es, cuando el concurso de la naturaleza es casi imperceptible en la producción, respectivamente al del trabajo. Entonces desaparecen las desigualdades, destruidas por el valor, bajo su nivel igualador, si nos es permitido expresarnos así.

J. B. Say ha representado, por medio de una pirámide con aristas más ó menos inclinadas sobre su base, y más ó menos curvas al interior y al exterior, el acrecentamiento de la demanda que resulta de la baja del valor. Esta ingeniosa imagen puede servir igualmente para mostrar, cómo un aumento de valor acrece la producción, sobre todo en agricultura. Un ligero aumento de valor hace muchas veces que crezca la producción en proporciones muy considerables; de suerte que, semejantes casos, aumento de valor y producción abundante, son dos fenómenos correlativos. Pero el aumento de valor sólo puede tener lugar cuando el consumidor lo acepta; y he ahí por qué el desarrollo de la producción por ese medio es tan largo como difícil. El consumidor se presta siempre á ese desarrollo, cuando procede del perfeccionamiento del trabajo, puesto que obtiene una baja del valor; y por eso, en este caso, es rápido,

inmediato, el desarrollo. Es fácil convencerse de ello, sabiendo lo que pasa en los países productores de los metales preciosos, en los cuales un pequeño mejoramiento en los procedimientos generales del trabajo hace abrir inmediatamente muchas minas nuevas, y permite volver á beneficiar una gran cantidad de las antiguas, cuyos trabajos se habian abandonado; de suerte que, por una ténue disminucion de gastos, la produccion aumenta en proporciones considerables. Sin embargo, tambien es útil para la sociedad estimular algunas veces el aumento de la produccion, por medio de un ligero aumento del valor, cuando no puede conseguirlo de otro modo.

Con este motivo, haremos un reparo que no carece de importancia: se ha hablado mucho de la accion producida por la baja del valor sobre la demanda para multiplicar ésta: pero nadie, que sepamos, se ha ocupado de esa misma accion sobre la oferta, ó sobre la produccion para multiplicarla á la vez que la demanda, sin embargo de que es fácil conocer la nulidad de una de esas acciones, á no concurrir la otra al mismo fin; ambas, por lo mismo, son igualmente necesarias para que la riqueza pueda progresar. ¿De qué serviría que la demanda de un producto aumentase, si la oferta no hubiese aumentado, ó no aumentase al mismo tiempo? Todo perfeccionamiento en el trabajo, supone á la vez el aumento de la demanda y el de la oferta.

Si nuestras consideraciones hubieran sido precedidas por el estudio de la produccion, nos habríamos ahorrado el desarrollo de muchas incidencias que recargan en gran manera este trabajo; pero se carece de prolegómenos, y no podemos, por consiguiente, proceder de otro modo para hacernos comprender.

Volviendo, pues, al exámen de las razones que nos hacen creer la disminucion progresiva de las desigualdades que originan la *renta*, lo cual equivale á creer que tambien ésta irá en disminucion, nos vemos obligados á discurrir sobre hipótesis solamente, porque hasta ahora han impresionado más los hechos de donde surgen las desigualdades económicas, que los que debieran atenuarlas, si es que no hacerlas desaparecer; sin embargo, no creemos que la razon pueda reusar la admision de los últimos.

Supongamos, por ejemplo, que un agricultor se propone dedicar al cultivo de cereales dos tierras hasta entonces incultas, cuyas condiciones fueran iguales en todo, menos en fertilidad natural. Supongamos, además, que ese agricultor posee poco capital, pero que lo aplica por igual á las dos tierras, y obtiene por cosecha 100 hectólitros de la tierra mejor, y 50 de la otra. Esta ofrece pérdida;

aquella, por el contrario, ganancia grande, y nuestro agricultor, que no vé sino la suma de los dos resultados, y que le satisface, continúa cultivando las dos. Tal es la práctica general. Si las 50 medidas que produjo la tierra inferior remuneraban al agricultor, la superior le habria dado una *renta* de 50 medidas: pero no sucede eso; y sin embargo, la tierra mejor dá una *renta*, puesto que su produccion cubre la pérdida de la otra, y deja aún ganancia.

Supongamos que en el segundo año, nuestro agricultor mejora de nuevo ambas tierras, aplicándoles, por partes iguales siempre, más capital y un trabajo más activo é inteligente á la vez. Su produccion aumentará. Pero, ¿en qué razon se verificará el aumento? Creemos que generalmente se verificará en relación mayor en la tierra inferior, que en la otra: muchos ejemplos podríamos citar en apoyo de nuestra creencia: en Holanda, en Bélgica y en otros puntos ha pasado eso; además, no puede dudarse que de una mala tierra se hace una buena, que se puede mejorar aún; y una buena, sólo se la puede mejorar; por consiguiente, la aplicacion del trabajo y del capital produce por lo ménos sobre las dos tierras, el efecto que una misma cantidad, añadida á dos términos desiguales, esto es, el de atenuar la diferencia geométrica. Se puede admitir, pues, sin violencia, que la mejora llevada á cabo por el agricultor, hizo que la tierra mejor produjera 100 medidas más y 80 la inferior; de suerte que la diferencia de su rendimiento es notablemente menor que el año anterior: por consiguiente, la *renta* dada por la primera, relativamente á la segunda, es tambien menor. Nuevas mejoras producirian resultados análogos, aún cuando no aumentaran ya los rendimientos en las mismas proporciones; de donde se sigue que la *renta*, dada por la mejor tierra, irá siempre en disminucion. Tal es, creemos, el resultado de toda aplicacion nueva de trabajo y de capital á tierras desiguales. Si fuera otro, sucederia que un mismo trabajo, seria remunerado con desigualdad en un mismo tiempo y lugar; lo cual podria suceder accidentalmente, pero de una manera regular y continua, no, como hemos probado al estudiar las *variaciones del valor*.

Dejaria de ser hipotético el resultado, si se aplicara un mismo capital y trabajo á la vez á dos tierras: la una cultivada de antiguo, para mejorarla; la otra nueva, aun inculta, como por ejemplo, una laguna cegada, para ponerla en estado de produccion. Si la antigua duplicaba sus productos y daba una *renta* como 10, la nueva quizá la excederia dando una *renta* como 20. La consideracion de semejantes hechos, perfectamente establecidos por Mr. Carey, no solo destruyen la teoria de Ricardó

en cuanto á la *renta*, incesantemente creciente, sino que demuestran su progresiva disminucion.

Hay, sin embargo, algunas propiedades territoriales, para las cuales es rigurosamente exacta la teoría de Ricardó excepto por lo que respeta á los asalariados; son esas propiedades las no modificadas por ningun trabajo, como los terrenos edificables en las poblaciones, las minas y los bosques naturales. Los propietarios de esos terrenos ganan todo el mayor valor que adquieren, á causa del aumento de su demanda ó de sus productos. Sin embargo, hay que tener en cuenta, que esas ganancias suelen ser atenuadas por la modicidad del arrendamiento ó alquiler que venian pagando tales propiedades, si es que producian alguno. modicidad á la cual, como hemos dicho ya, no era agena la perspectiva de los beneficios de la *renta*.

Todo cuanto dejamos dicho de los efectos que produce la aplicacion corriente del capital y del trabajo á la tierra, para disminuir las desigualdades de su fertilidad, debe entenderse igualmente de la aplicacion, mayor cada dia tambien, del capital y del trabajo comun de la sociedad, á toda la superficie del suelo de un país ó distrito, bajo la forma de carreteras, canales, puertos, caminos de hierro, etc., para disminuir las desigualdades de posicion. Esta disminucion, bien que lenta, no por eso deja de percibirse por todos: es un hecho muy conocido, que con la apertura de una nueva vía de comunicacion, concurren á mercados, á los cuales no podian concurrir antes, los productos de muchas tierras; como es un hecho igualmente conocido que, al mismo tiempo que esas tierras aumentan en valor, impiden el alza excesiva de aquellas que tienen que admitir su concurrencia; he ahí, pues, dos fuerzas que entran por mucho, respecto á igualar, ó aproximar por lo menos, los valores de las tierras. Nos parece innecesario insistir más sobre hechos cuya evidencia salta á la vista de todos.

Se puede, pues, concebir un ideal, en el cual la tierra tenga poco más ó menos el mismo valor por todas partes; y que, por consiguiente, desapareciera la *renta*: pero es un ideal se dirá: cierto, es un ideal que no repugna á la razon, ni á la naturaleza de las cosas, autorizado además por el principio de la distribucion de la riqueza. ¿Quién podrá decirnos hoy de qué manera se dispondrá de las tierras, pasados que sean ocho ó diez siglos más, ni cómo se agruparán las poblaciones sobre su superficie? ¿Y qué son ocho ó diez siglos para la humanidad?

(Concluirá.)

X...

UN DRAMA EN EL DESIERTO.

(Continuacion.) *

A pesar de la hora y del país donde se hallaban, miss Débora, dominando su espanto, dió á correr hácia donde se oian los gritos, exclamando con noble emocion.

—Allá hay un desgraciado, vamos á socorrerlo. Gomez quiso detenerla pero viendo que sus esfuerzos eran vanos, corrió detrás con su escopeta montada, decidido á dar su vida si necesaria fuese para apartar todo riesgo de la cabeza de su amada.

Momentos despues llegaron ambos jóvenes al pié de una gran peña que alzaba 30 metros su tersa y perpendicular superficie, arrojando sobre el suelo una densa sombra.

Era llegado ya el último período del crepúsculo, momento solemne en que la tierra se viste de luto y enmudece, al paso que en el oscuro cielo empiezan á brillar millares de estrellas: no se oian más rumores que el susurrar del viento entre los matorrales que tapizaban las rocas, el melancólico grito de las aves nocturnas y el monótono canto del grillo.

Las tinieblas los envolvian por todas partes y los cazadores jadeantes se detuvieron á escuchar.

La oscuridad y el silencio impresionaron á miss Débora de tal suerte, que abandonándola el valor de que hasta entonces habia dado pruebas se estrechó contra Gomez murmurando en voz baja como si recelara ser oida.

—¡Tengo miedo!

—Al mismo tiempo sintieron en el aire, sobre sus mismas cabezas un grito agudo extridente, feroz, acompañado de un rumor poderoso, parecido al que podrian producir millares de palomas remontando á un tiempo su vuelo.

—Al mismo tiempo llegó á sus oidos un lamento desgarrador; una voz angustiada, descompuesta por el miedo gritó.

—¡Socorro, socorro!

Aquellas palabras habian sido pronunciadas en español, y parecian venir de la cima de la inaccesible roca.

Esta circunstancia decidió á Gomez, que lanzándose por una vereda que parecia conducir á lo alto, empezó á trepar ayudándose con los piés y las manos.

Detrás de él subian miss Débora y Diana.

* Véanse los números 202, 203, 204, 205, 207, 210, 211, 212, 216 y 217, paginas 23, 59, 91, 125, 183, 283, 316, 345, 478 y 511.

Durante la ascension, que fué larga y penosa, oyeron varias veces el feroz aullido, el misterioso rumor y los lastimeros lamentos que tanto habian llamado su atencion.

CAPÍTULO XIII

El aduar.—Hospitalidad árabe.—Una cuerda de palma y un cesto de caña.—Descenso peligroso.—El nido del águila.—Cojido infraganti.—Combate.—Final del drama.—Odio.

Apenas habian echado pie á tierra mientras los guías, criados y camelleros se ocupaban en plantar la tienda, Meneses, se dirigió al aduar y entrando en una tienda preguntó á una moza que, sentada en el suelo estaba moliendo trigo en uno de esos molinos portátiles y rudimentarios que usan los moros.

—¿Está tu marido en el aduar?

—Sí.

—Dile que venga.

—La moza dejó el molino y saliendo á la puerta gritó:

—¡Ah Sidi! (1)

Un moro alto, seco, enjuto de carnes y de un moreno que tiraba casi á negro, se separó del grupo que formaban los curiosos que rodeaban á los viajeros y avanzó gravemente hácia la tienda, embozándose con majestuoso ademan en los súcios pliegues de su chislaba.

Al llegar delante de su mujer se detuvo preguntando.

—¿Por qué llamas?

—Señor, dentro hay un cristiano que quiere hablarte.

El moro, sin contestar, dejó á la entrada de la tienda sus babuchas y fué á tomar asiento en una estera, diciendo á Meneses.

—Alá sea contigo

—Él te guarde,—contestó el español sentándose á su lado.

Su interlocutor se limitó á inclinar la cabeza y hacer un gesto con la mano á su mujer, la cual, comprendiendo sin duda lo que su marido queria decir, corrió á un rincon de la tienda, y levantando la tapa de un arcon de madera cubierto de arabescos pintados con abigarrados colores, empezó á revolver los objetos que contenia.

En tanto el moro, con las piernas cruzadas, pasaba una á una las cuentas de su rosario, y Meneses, que conocia á fondo las costumbres árabes, esperaba con paciencia la ocasion oportuna para entrar en materia.

Por fin la mora sacó del cobre una bandeja redonda de cobre cincelado, unas copas del mismo

metal, sobre las cuales colocó unas tazitas sin pié y sin asas que no hubieran podido guardar el equilibrio sin estar dentro de las copas, dos pipas con hornillo de barro encarnado y largos tubos de caña y una cafetera.

Colocó las copas sobre la bandeja: ésta y las pipas delante de su marido; llenó la cafetera de agua hirviendo, hizo café, puso la cafetera sobre la bandeja, postróse de hinojos, llenó una pipa de tabaco, la encendió y se la ofreció á su marido.

Este dejó su rosario, aspiró una bocanada de humo, llenó una taza de café y presentó pipa y taza á su huesped diciendo al propio tiempo.

—Cristiano, la paz sea contigo; sé bien venido á la tienda de Handa-Ben el Jarrak.

—Dios te guarde y te colme de felicidades,—replicó Meneses.

Después uno y otro fumaron y bebieron en silencio mientras que la mujer, siempre de rodillas delante de ellos, ponía especial cuidado en que jamás estuvieran vacías ni las pipas ni las tazas.

Por último Handa-Ben el Jarrak dijo:

—Mi mujer me anunció tu visita.

—Vine á tu tienda á hablar contigo.

—Has fumado, has bebido conmigo, mi tienda es tuya.

—¿Tienes una cuerda?

—Una tengo tejida de palmera.

—¿Es consistente?

—Puede detener seis caballos á la carrera.

—La necesito.

—Tres piastras me costó en el zoco (1) de Temacin.

—Tendrás tus tres piastras.

—La cuerda es tuya.

—¿Tienes un cesto grande y fuerte?

—Uno de caña tejió ayer mi mujer para venderlo en el zoco.

—¿Cuánto pensabas pedir por él?

—Cuatro piastras.

Meneses sacó un duro del bolsillo y se lo dió al moro, el cual ordenó á su mujer que trajera los objetos vendidos.

Meneses siguió aun fumando y bebiendo café, pero mientras hacia en la cuerda de trecho en trecho fuertes nudos.

Terminada esta operacion arrolló la cuerda, la echó en el fondo del canasto, se puso éste al hombro, despidióse de Handa-Ben el Jarrak y salió del aduar.

Poco después preguntaban por él miss Débora y Gomez; pero Meneses ya estaba lejos.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, llegó

(1) Señor, nombre que dan á sus esposos.

(1) Mercado.

al pié de la alta peña que hemos visto escalar á miss Débora y Gomez.

Detúvose algunos momentos como para orientarse, descubrió por fin una senda y empezó á subir con su carga.

Cuando llegó á la cúspide, ya empezaba á anochecer, y á lo léjos pudo descubrir á los dos jóvenes cazadores, que precedidos por Diana cruzaban la llanura con la escopeta al hombro.

Tendió la vista en torno suyo, y descubriendo el rugoso tronco de un algarrobo que se alzaba á corta distancia del precipicio, ató á él sólidamente la cuerda, y asegurándose á ella, marchó con precaucion hasta el borde de la peña.

Allí se tendió boca abajo sin soltar la cuerda, y sacando la cabeza fuera de la peña, examinó su resquebrajada superficie, que desde aquel lugar parecia cortada á pico.

Debajo, á cuatro ó cinco metros de profundidad, habia una abertura irregular, á cuya vista una sonrisa de alegría se dibujó en los lábios del comisionista.

Inmediatamente se retiró, ató el cesto al otro extremo de la cuerda, y la dejó caer á lo largo de la roca.

Hecho esto, se agarró á la cuerda y empezó á bajar, ayudado por los nudos y por las asperezas de la peña, en las cuales apoyaba los piés.

Aquel descenso era en extremo peligroso, porque si la cuerda llegaba á romperse, la muerte más espantosa y segura esperaba al temerario jóven.

Sin embargo, Meneses no vaciló un momento, y siguió bajando lenta, pero seguramente, hasta llegar á la abertura que habia en la roca, y que, merced á sus cálculos, estaba casi al nivel del canasto que poco antes habia comprado en el aduar.

En aquel punto dejó la cuerda y penetró atrevidamente en la caverna.

Esta era estrecha, irregular y tan pequeña que para entrar tuvo que arrastrarse sobre las rodillas.

Percibíanse dentro confusos y débiles rumores; la oscuridad era densa y el aire que se respiraba en aquel antro parecia impregnado de miasmas acres y pestilentes parecidos á los que se notan en los mataderos.

Encendió un fósforo y su brillante luz, iluminando las irregulares paredes de la aérea gruta, le dejó ver en el fondo, á cuatro pasos de distancia, sobre un monton de paja medio podrida y rodeados de huesos y sangrientos despojos de animales, á tres poyuelos, tres aguiluchos medio cubiertos de plumas, agrupándose contra las paredes de su nido mirándolo con aire receloso y manifestando con sus débiles quejidos todo el disgusto que les causaba su visita.

Pero Meneses no se detuvo mucho tiempo á contemplarlos; á pesar de la desesperada resistencia de los pobres animales, los cojió uno á uno y los depositó con precaucion en el fondo del canasto.

Aquella tarde, antes de llegar al aduar, la caravana habia pasado por el pié de la enhiesta roca, y miss Débora, al ver salir de la hendidura donde á la sazón estaba Meneses, una hermosa águila que estendiendo sus gigantescas alas se elevó hasta las nubes, manifestó deseos de poseer un aguilucho.

—Es imposible,—contestó Gomez;—generalmente las águilas eligen para establecer sus nidos sitios innacesibles, y saben defender á sus hijos con gran valor.

Miss Débora, distraida con el espectáculo que ofrecia la poblacion del cercano aduar, no volvió á ocuparse de este asunto, y Meneses, que tenia sus proyectos, no desplegó los labios.

Habia formado el atrevido propósito de escalar la roca y ofrecer á miss Débora los aguiluchos.

Sin considerar el grave riesgo á que se esponia, pensaba solo en su triunfo, en la humillacion de Gomez al ver realizada una cosa que habia juzgado imposible.

La captura de los aguiluchos debia, á su modo de ver, conquistarle el aprecio de miss Débora, porque demostraba un gran valor, que es, de todas las cualidades que pueden adornar á un hombre, la que más estiman las mujeres.

Hasta entonces el cazador habia llevado á cabo su empresa sin tropezar con el menor inconveniente.

Faltaba solo subir á la cima de la roca, lo cual, gracias á los nudos hechos en la cuerda y á las asperezas de la peña, no era muy difícil, y una vez en terreno firme, izar el canasto en cuyo fondo se hallaban los polluelos.

Salió de la cueva, cogió la cuerda, y empezó á subir; pero apenas lo hubo intentado, oyó resonar un grito feroz acompañado de un gran ruido.

Volvió la cabeza, helósele la sangre en las venas, y soltando la cuerda se dejó caer en el canasto sin pensar que estropeaba lastimosamente los poyuelos á tanta costa conquistados.

Un águila enorme, la propietaria quizá del nido robado, habia descubierto á Meneses en el momento que éste se disponia á subir por la cuerda, y se habia arrojado sobre él lanzando el feroz grito que causó su espanto.

Era un hermoso animal que media cuatro varas de punta á punta de las alas, bruno leonado y cola negruzca con rayas cenicientas; en una palabra, el tipo perfecto del águila grande ó real, llamada por los naturalistas *falco chrisaetos*: pero en aquel instante no podia Meneses apreciar en toda su

estension las perfecciones de la irritada ave.

Sus dedos, desnudos, guarnecidos de cortas y aceradas uñas, y sus grandes ojos, metidos debajo de una ceja prominente, turbaron de tal suerte al comisionista, que sumerjiéndose dentro del canasto, procuró sustraerse á las miradas del águila, la cual, lanzándose sobre el cesto, procuró despedazarlo con sus garras y pico.

Felizmente Hamda Ben el Jarrak era un hombre de conciencia, y el canasto resultó tan sólido como habia dicho.

Viendo el águila que todos sus esfuerzos eran inútiles, cambió de táctica.

Hay muchos sábios que creen y afirman que sólo los hombres están dotados de razon, y que el resto de los animales no obra más que por rutina sin pararse á ver lo que hacen los seres que llaman irracionales, cuando por una circunstancia fortuita cualquiera ven interrumpida la marcha rutinaria y uniforme que siguen durante siglos en sus tareas.

La conducta del águila en el presente caso, prueba lo aventurado que es sentar en absoluto ciertas teorías.

Probablemente, aquella sería la primera vez que la reina de las aves tuviera que defender su nido contra un sér humano encastillado en un fuerte canasto de caña, y considerando que la novedad del caso exijia pensar con algun espacio lo que habia de hacer, abandonó el ataque y se alejó un poco.

La trégua empero no fué de larga duracion.

Precipitóse de nuevo sobre el canasto y cojiéndolo con sus aceradas uñas remontó el vuelo.

Pero como estaba sólidamente sugeto á la cuerda y esta al algarrobo no pudo alejarse mucho.

Cuando el canasto y la cuerda formaron un ángulo recto con la superficie semi-perpendicular de la roca, el águila abrió las garras y el canasto chocó violentamente contra la piedra.

Las cañas rechinaron y Meneses empezó á lanzar desgarradores gritos.

El águila, encontrando bastante aceptable su nuevo plan de ataque, repitió varias veces la operacion sin hacer caso de las quejas de su enemigo.

El peligro era tremendo, inevitable y la sangrienta catástrofe se acercaba por momentos.

Aun cuando el canasto pudiera resistir por algun tiempo los repetidos golpes que daba contra la roca, ¿no se cortaria la cuerda al continuo rozar contra las peñas?

De una ú otra suerte, Meneses debia caer al pié de la roca, donde se destrozaria inevitablemente, sirviendo despues de pasto á su voraz enemiga.

Mientras se representaba en el aire el terrible drama que acabamos de bosquejar, Gomez y miss

Débora llegaban jadeantes á la cima de la roca.

El águila acababa de soltar el canasto y se arrojaba detrás de él confundiendo sus feroces gritos con los ya débiles quejidos de su víctima.

Gomez no sabia de lo que se trataba; pero sin reflexionar, movido por un impulso involuntario, se encaró la escopeta é hizo fuego.

Herida en mitad del pecho, plegó el águila sus poderosas alas y cayó pesadamente.

Despues, un silencio sepulcral y solemne reinó en la altura.

Los dos jóvenes, hondamente conmovidos, se miraron sin atreverse á trocar una sola palabra.

Un sentimiento extraño se habia apoderado de sus corazones, no dejándoles hacer otra cosa que interrogar atentamente las semitransparentes tinieblas que los rodeaban.

Una llanura inmensa se desarrollaba confusamente ante sus ojos.

La altura sobre la cual se encontraban, bajaba casi á pico, dibujando vigorosamente su áspera silueta sobre el azulado fondo del cielo tachonado de estrellas. Más allá brillaban en la llanura los fuegos del aduar.

Un suspiro, un quejido ahogado que subió del abismo, vino á sacarlos de su estupor.

Gomez dió algunos pasos; su pié tropezó con la cuerda que Meneses habia atado al algarrobo, y asegurándose á ella avanzó hácia el precipicio, al cual se asomó con precaucion.

—¡Dios mio, Dios mio! ¿No habrá quien me socorra?—murmuró Meneses desde el fondo del canasto.

Gomez reconoció la voz de su amigo, y se apresuró á gritar:

—¡Animo, aquí estoy yo! ¿Puedes subir?

—Tal vez, pero no me atrevo; si el águila vuelve...

—No temas; la he matado.

—Sí, pero puede venir otra: suelen ser dos en cada nido.

—No importa; tengo cargada mi escopeta, y fácilmente daria cuenta de ella.

Convencido Meneses, salió del canasto y empezó á subir por la cuerda, llegando aquella vez á pisar la tierra sin ningun contratiempo.

Pero allí le esperaba un nuevo infortunio.

Miss Débora se empeñó en saber qué hacia metido en el cesto, y Gomez, subiendo el canasto, encontró en el fondo los infelices aguiluchos bárbaramente aplastados.

Es preciso confesar que las mujeres son á veces demasiado crueles.

Miss Débora, viendo pasado el peligro, llevó su crueldad hasta el punto de reirse y de dirigir al-

gunas alusiones al joven comisionista sobre su extraño modo de cazar.

Gomez tambien estuvo poco generoso; y sea por agradar á su linda compañera, sea que quisiera vengarse de su amigo, lo cierto es que siguió la broma, y tuvo tan felices ocurrencias, que más de una vez obligó á miss Débora á soltar la carcajada.

Inmediatamente bajaron al llano para regresar á la tienda, y á la mitad del camino se encontraron á mister Cugnigan, que, inquieto por la prolongada ausencia de su hija, salia á buscarla con sus criados y algunos mozos del aduar.

La aventura de Meneses hizo reir á todos; y, ¿quién lo creyera? hasta el mismo mister Cugnigan rió de ese modo ruidoso é insolente que es peculiar al pueblo inglés.

El único que no participaba de la alegría general, era Meneses.

Su amor por miss Débora y su amistad por Gomez, se habian transformado en profundo ódio.

Meneses necesitaba vengarse de las burlas de miss Débora y del gran servicio que le habia prestado su amigo.

CAPÍTULO XIV.

El lago Melgigh.—El complot.—El ibis.—Noches africanas.—La falsa alarma.—Alí.—Sospechas.—Los antilopes.—Llegada á Kebilli.

Tres dias despues dieron vista los viajeros al lago Melgigh, en cuyo extremo oriental acamparon cuando el sol empezaba á ocultarse por la orilla opuesta tiñendo las aguas de púrpura é iluminando las rojizas nubes con brillantes toques de oro.

Miss Débora, cuyo corazon eminentemente artista no podia ménos de palpar ante las sublimes obras de la naturaleza, repetidas diariamente, pero siempre nuevas, siempre hermosas y llenas siempre de sentimiento y poesía, detuvo su caballo y declaró que no podia encontrarse sitio más á propósito para pasar la noche.

Como nadie contradijo á la joven, la caravana hizo alto y los criados empezaron á plantar la tienda.

El sitio, en efecto, no podia ser más á propósito para establecer un vivac.

Hallábanse en una vasta llanura cubierta de juncos y altas yerbas, y delante de ellos desarrollaba su tersa superficie el hermoso lago que tiene de largo 25 miriámetros, por 8 de anchura en algunos sitios, pudiendo estender la vista por un vasto horizonte que nada limitaba.

¡Qué espectáculo aquél para personas acostumbradas á vivir en esas inmensas colmenas de piedra que llamamos ciudades!

Allí el silencio era profundo, solemne; la sole-

dad absoluta; se respiraba con libertad un ambiente puro, fresco, cargado de fragantes aromas, y el bienestar general que experimentaban los viajeros, obrando sobre su espíritu, les inspiraba ese santo respeto, ese inmenso amor al creador del mundo que no podemos ménos de experimentar cuando nos encontramos solos, frente á frente con la inmensidad de su poder, átomos perdidos en el polvo del más pequeño de los mundos creados.

Cuando estuvo puesta la tienda, mister Cugnigan, siempre grave, siempre silencioso, se sentó á fumar á la puerta.

Para aquel hombre de hielo no habia nada nuevo, nada extraño, nada digno de admiracion; cruzaba los campos más bellos, los paisajes más accidentados sin que sus ojos se fijaran en nada.

Miss Débora y Gomez, seguidos de Diana, salieron á pasear por las orillas del lago.

Entre aquellos tres seres habia nacido una profunda amistad que les hacia buscarse y estar casi siempre juntos.

Tampoco aquella tarde les acompañó Meneses.

Desde su aventura del águila se habia vuelto taciturno; esquivaba la compañía de los jóvenes y casi no tenia palabras sino para uno de los guías llamado Mohamed el Bicestino; porque era natural de esta ciudad.

De los dos moros que el signor Pistoletti habia dado á los viajeros como guías, Mohamed era sin disputa el más antipático.

Alto, seco, huesudo; la mala conformacion de su cuerpo hacia que su vientre se hundiera de un modo extraño, dando á su cuerpo una ondulacion parecida á la de las serpientes, un aspecto desagradable y bajo el cual acababa de acentuar unos ojos llorosos y desprovistos de cejas, que daban á sus miradas una repugnante expresion.

Con este hombre habia estado hablando Meneses durante el camino y con él empezó á pasear por un lado del lago, mientras que Miss Débora y Gomez lo hacian por el otro.

—De suerte,—decía Meneses siguiendo la conversacion empezada,—que se puede contar contigo para todo.

—No tengo más que una lengua y una palabra,—contestaba Mohamet.

—No vacilarás en el momento de obrar.

El Bicestino sonrió desdeñosamente, y apoyando su mano en el puño de la gumia que pendia de sus hombros, murmuró:

—Jamás se ha detenido en la vaina.

—Es que no todo se ha de hacer con el hierro; tal vez no haya que verter sangre ni usar para nada de la fuerza.

—Sé lo que quieres,—dijo el moro dejando vagar por sus lábios una falsa sonrisa.

—¿Cómo?

—El sol ofende mis ojos y me obliga á cerrar los párpados, pero sin embargo veo; sé que la cristiana de los cabellos de oro ama á uno y ese no eres tú.

Meneses hizo un gesto de disgusto y se detuvo, dando una patada en el suelo, pero el moro continuó sin darse por entendido.

—Tú quieres que tu camino esté limpio y me buscas para que yo quite los obstáculos.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Una desgracia sucede pronto,—repuso el moro sin contestar á la pregunta del comisionista;—tu rival es cazador, las armas de fuego son muy peligrosas, y un dia puede disparársele la escopeta y morir.

Meneses se estremeció; por pervertido que fuera, la idea de asesinar á su amigo no se le habia ocurrido aun, así que se apresuró á decir.

—No, eso no; ya te he dicho que no quiero sangre.

El Bicestino se encogió de hombros sin responder, y los dos siguieron marchando largo rato sin cambiar una palabra, hasta que una detonacion les hizo fijar sus miradas en el lago.

Estaban entre unos juncos que el Bicestino apartó con una mano, y tendiendo la otra hácia el lago, dijo:

—Mira.

En una punta de arena que avanzaba sobre el agua, se descubría, á la escasa luz del crepúsculo, un grupo formado por Gomez y Miss Débora, que se apoyaba en su hombro con gracioso abandono, mientras Diana perseguia en el agua á un pato que acababa de derribar el joven, y que empleaba el último resto de su vida en huir de la inteligente perra. Meneses hizo un brusco movimiento y se alejó murmurando sordas imprecaciones.

—¿Apruebas ahora mi plan?—preguntó el Bicestino que le seguia paso á paso como Mefistófeles al Dr. Fausto.

—De ningun modo: tengo mi proyecto que me parece mejor.

—No es el leon el más terrible de los animales; á veces hay que temer más á la serpiente,—repuso sentenciosamente Mohamet.

—Escucha,—dijo Meneses cojiendo al moro de la mano, y los dos se alejaron del lago á donde volveremos en busca de los cazadores, los cuales despues de haber recogido el pato, que por fin logró alcanzar Diana, seguian paseando por la orilla.

Delante de ellos marchaba Diana olfateando la tierra, registrando los matorrales, parando aquí una perdiz, levantando allá una liebre, pero todo en vano.

Gomez y miss Débora debian tener muchas cosas que decirse, puesto que hacian muy poco caso de los esfuerzos de Diana y de la abundante caza que por todas partes huia para dejarles paso.

Sin embargo, por distraidos que estuvieran les fué imposible dejar de ver un gran pájaro, blanco como la nieve, arrojarse al suelo y remontarse de nuevo llevándolo en el pico una larga serpiente.

Instintivamente se echó Gomez la escopeta á la cara, pero Miss Débora apartó el cañon diciendo al propio tiempo:

—Dejadla marchar en paz; no vayais á cometer un sacrilegio.

—Qué, Miss Débora, ¿acaso participais de las preocupaciones del vulgo que dá origen sagrado á las cigüeñas?

—No, pero creo que es completamente inútil dar muerte á un animal que, lejos de hacer daño, limpia el campo de reptiles. Por lo demás, aun cuando participara de esa creencia vulgar, no tenia para que invocarla en favor de esa ave que no pertenece al género de las *Ardeas*, en el cual los naturalistas colocan á las cigüeñas.

—Cómo, ¿ese pajarraco no es una cigüeña?

—Es nada ménos que el Ibis, tan venerada por los antiguos egipcios que la embalsamaban con el mismo esmero que á sus reyes; y el símbolo que en sus geroglíficos significaba el Egipto. Si la hubiéseis muerto veriais que era algo menor que la cigüeña, y aun cuando su plumage tambien es blanco, notariais en él cierto matiz de púrpura, y que tiene el pico amarillo sin plumas en toda su base.

—Indudablemente hubiera reparado en todo lo que acabais de decirme y mucho más, teniendo un mentor tan bello cual vos: pero se me figura que si sus géneros son diferentes, las costumbres son las mismas que las de las cigüeñas.

—En efecto, difieren poco y tambien se mantienen de reptiles como le sucede al jabirú de América; solo que los Ibis, en vez de hacer sus nidos sobre los edificios como acostumbra las cigüeñas, se establecen en las palmeras.

Pero si os parece podemos irnos acercando hácia las tiendas, que ya empieza á anochecer y no quiero que mi padre esté con cuidado como sucedió el otro dia.

—Siempre estoy á vuestras órdenes; pero no hay que tener miedo, porque supongo que mi amigo Meneses no habrá ido á cazar aguiluchos.

Este recuerdo hizo reir mucho á la linda inglesa, y los dos jóvenes llegaron á las tiendas atestiguando con sus alegres carcajadas el buen humor de que se hallaban animados.

En la tienda la mesa estaba puesta, y Mister

Cugnigan y Meneses los esperaban sentados á la puerta fumando en silencio.

Fuera, las tinieblas iban envolviendo poco á poco la tierra, y el cielo se tachonaba de estrellas que rielaban multiplicándose sobre la tersa superficie del lago.

No lejos de la tienda principal que habitaban los amos, delante de la que debían ocupar los criados, lucía una gran hoguera, ante la cual daba el cocinero la última mano á la comida que se preparaba á servir, mientras que los camelleros y los dos guías moros, medio sumidos en la penumbra se entretenían en cantar unas coplas tan llenas de sentimiento y poesía como las nuestras andaluzas.

La rojiza y vacilante luz de la hoguera, despues de iluminar vivamente á los personajes colocados en primer término, corria por encima de las palmeras, haciéndoles proyectar fantásticas sombras, é iba á herir débilmente el grupo que formaban los caballos comiendo su pienso de pié y azotándose los flancos con sus pobladas colas, y los camellos tendidos entre las palmeras enanas y extendiendo de un lado á otro sus largos y ondulados cuellos que parecían enormes serpientes.

Por fin se sirvió la comida, y despues de una conversacion no muy animada cada uno se retiró á su departamento disponiéndose á descansar.

La tienda principal estaba dividida en dos por un tabique de lona.

Uno de aquellos compartimentos estaba reservado para miss Débora, ocupando el otro los tres europeos, y Diana que no se separaba de su amo un solo instante.

A eso de la media noche, Diana, que dormía profundamente, se levantó gruñendo, pero pronto se tranquilizó, sin atreverse á turbar con sus ladridos el sueño de su amo.

Tres horas más tarde despertó de nuevo, y menos prudente aquella vez, empezó á ladrar con furia sacando el hocico por debajo de la lona.

JOSE ALVAREZ PEREZ.

(Continuará.)

BIBLIOGRAFÍA MILITAR

Traccion en vias férreas, por el comandante de ejército, capitán de ingenieros D. José Marvá.

Llamado el ferro-carril en las guerras modernas á desempeñar un papel de suma importancia estratégica y táctica, parece lógico que oficiales pensadores como el Sr. Marvá, no sólo atraigan la atención de sus compañeros de armas sobre las ventajas del invento en sus directas aplicaciones

al arte militar, sino que se extiendan en minuciosos detalles acerca de la mejor manera de utilizar el mismo invento cuando así lo exigen las múltiples peripecias de una campaña.

Paulatinamente ha ido desarrollándose esa importancia profesional de las vias férreas. En 1846 comienzan los ensayos del ejército prusiano para el transporte de algunas divisiones de infantería á la alta Silesia; en 1849 un cuerpo de ejército ruso, fuerte de 30.000 hombres, se une á las tropas austriacas aprovechando el ferro-carril polaco; en 1859 los franceses, desde el día 20 de Abril hasta el 15 de Julio, condujeron por la línea de Lyon 115.000 soldados y 25.000 caballos con objeto de principiar la campaña en la península italiana ó de reforzar su ejército expedicionario; en 1863 el general anglo-americano Hooker llevó los 23.000 hombres de su mando desde las orillas del Rapidan á Stevenson en el breve plazo de siete dias, debiendo advertir que la distancia entre ambos puntos no baja de 2.000 kilómetros; un año despues Scofield, al frente de 15.000 soldados, se embarca en el Cumberland, sube el rio Ohio hasta Cincinnati, toma el ferro-carril de Washington, llega á esta capital, se embarca de nuevo y al fin establece su campamento en el cabo Frear; habia recorrido 2.500 kilómetros en 11 dias escasos.

Conocidos son tambien los servicios que prestaron las vias férreas durante las campañas de 1866 en Italia y Bohemia coadyuvando poderosamente á que el archiduque Alberto recogiera el laurel de a victoria sobre el campo de batalla de Custozza y proporcionando al general prusiano Vogel de Falkenstein elementos necesarios para que el ejército hannoveriano capitulase en masa, despues del combate de Langensalza.

En la guerra franco-alemana de 1870-71 los prusianos organizan sus *comisiones militares de ferro-carriles*, encargadas de todo lo relativo al transporte de tropas por las mismas vias, y en un periodo de tiempo muy insignificante los 35.000 hombres de la invasion se reconcentran en la frontera y avanzan hácia la Alsacia-Lorena; conseguidos los primeros triunfos tácticos, el vencedor puso especial cuidado en mantener espeditas las vias férreas ya dominadas, pues obrando de este modo consideraba que nada le faltaria para obtener el fruto completo de sus afanes, aun cuando el enemigo prolongase la resistencia.

Los anteriores ejemplos no dejan lugar á dudas, segun indica tambien el Sr. Marvá en el prólogo de su interesante libro, de que las vias férreas están llamadas á modificar sensiblemente las condiciones del arte de la guerra, ya para la ofensiva, ó bien para la defensiva lo mismo en estrategia que en táctica, atendiendo siempre á clasificarlas

como líneas exteriores ó interiores de maniobras, las cuales se convierten con suma facilidad y rapidez en base de operaciones y objetivo trascendental de recíprocos movimientos efectuados por los beligerantes.

Interesa, pues, sobremanera que el ejército conozca á fondo ciertos detalles relacionados con la traccion en las mismas vías, y esta es la síntesis de la obra publicada por el Sr. Marvá. Al efecto, divide su trabajo en dos partes: la primera se circunscribe á un amplio estudio de la locomotora; la segunda trata de las obligaciones del maquinista y fogonero.

El estudio de la locomotora lo conceptuamos excelente, desarrollado con claridad y método, abrazando en su conjunto las útiles innovaciones que se han hecho y se hacen incesantemente en esas máquinas de vapor, definiendo hasta en amena forma los elementos constitutivos del mónstruo de hierro que salva centenares de leguas con tanta rapidez.

Respecto á la segunda parte nos cumple manifestar que la modestia del autor resplandece en el título de *Manual del maquinista y fogonero*, pues no obstante la sencillez del epígrafe se ocupa de problemas tan complejos como el entretenimiento de la máquina, combustion, traccion en general, produccion del agente motor, aprovechamiento del mismo, máquinas dobles, vigilancia en la marcha, velocidad, remolque de locomotoras, averías y modo de remediarlas, para terminar en un vocabulario, llamémosle así, *técnico* de las palabras más usuales entre la gente dedicada al servicio de los ferro-carriles.

Un magnífico atlas, con 35 láminas primorosamente grabadas, completa el trabajo del Sr. Marvá, dándole mayor atractivo y poniendo al alcance de todas las inteligencias los minuciosos datos en que abunda la obra.

Por lo mismo que ésta la creemos muy interesante en sus relaciones con la carrera de las armas, por lo mismo que nos complacemos en prodigar justas alabanzas al autor, nos permitiremos también indicarle que, á nuestro humilde juicio, todavía hubiera podido imprimir carácter más profesional á su libro mediante un apéndice sobre embarque y desembarque de tropas en las vías férreas. Para el talento y la práctica del Sr. Marvá nada representaba semejante trabajo, y en cambio la ampliacion llevaria consigo una inmensa utilidad para el jefe ú oficial de filas, los cuales generalmente dirigen las expresadas operaciones.

De todas maneras, el ilustrado profesor de la Academia de Ingenieros merece plácemes por sus notable estudio sobre traccion en vías férreas, estudio donde se observa un conocimiento profundo

de la materia, al lado de una sencillez que, sin caer en monotonía, origina inmediatas ventajas al lector más ó menos versado en problemas científicos.

ARTURO COTARELO.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

ATENEO DE MADRID.

Cátedra del Sr. Vidart.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA.

IX

Después de resumir brevemente todo lo que habia dicho en las conferencias anteriores acerca de las fuentes bibliográficas para el conocimiento en la historia militar de España, dijo el Sr. Vidart que dos clases de hechos podian servir, y en realidad servian, de materia á los estudios históricos, á saber: los *hechos sociales*, guerras, revoluciones, legislacion, formas de gobierno, en suma, todo lo que se refiere á la vida colectiva de las naciones; y *hechos individuales*, es decir, todos los que se realizan por la accion del individuo humano. Observó que hay una verdadera compenetracion entre la actividad social y la del sér individual; pero que esta compenetracion no llega á confundir en ningun caso las dos clases de hechos que de señalar acababa.

Afirmó que en las esferas de las artes de la palabra era donde aparecian con mayor facilidad hechos debidos á la accion del individuo; pues una pluma y un papel eran lo bastante para que el filósofo ó el poeta pudieran expresar sus pensamientos, y producir obras más duraderas que los monumentos de bronce y mármol fabricados, y más influyentes en la cultura general humana, que las instituciones sociales de los pueblos, y que el espíritu, necesariamente limitado, de las civilizaciones históricas.

Dedujo de lo que acababa de indicar, que el estudio de la historia de las ideas debia ser la labor preferente de los que aspiran en la actualidad á merecer el nombre de historiadores; estudios que, segun el orador, facilitará en sumo grado el conocimiento exacto de los hechos sociales.

Aplicando á la historia militar las reglas apuntadas, dijo el Sr. Vidart, que en nuestra literatura militar, comprendiendo bajo este nombre á nuestros tratadistas de la ciencia y del arte de la guerra, y á los historiadores didácticos de la milicia española, se hallaban datos y materiales importantísimos, mediante los cuales se podia llegar á comprender los fundamentos del poderío que España alcanzó en el siglo XVI, y las causas de su

MISCELÁNEA.

TEATROS

El jueves último terminaron en el teatro Español las funciones de la temporada, con la trigésima cuarta representación de la comedia *Consuelo*.

—La de Rojas *Entre bobos anda el juego*, puesta en escena por la compañía que funciona en el teatro de Apolo, ha sido muy bien interpretada, distinguiéndose notablemente en su desempeño la señorita Calderon y los señores Morales, Jimenez y García.

En este mismo coliseo se estrenan hoy dos producciones cuyos títulos son: *¡Al santo, al santo!* y *¡Ay qué lío!*

—Con el concierto verificado el domingo anterior en el teatro del Príncipe Alfonso, por la Sociedad que dirige el maestro Vazquez, terminó la serie de la presente temporada. Todas las piezas que componían el programa fueron calurosamente aplaudidas, recibiendo de la orquesta su director, como regalo, una corona y una batuta de plata.

—La compañía Arderius ha vuelto á ofrecer al público, despues de algunas representaciones de *Los sobrinos del capitán Grant* y *El siglo que viene*, la aplaudida zarzuela *La gran duquesa de Gerolstein*, en cuya ejecucion toma parte el popular empresario del teatro de los Bufos.

—El circo de Price se vé con justicia más favorecido cada noche. La compañía que desde el primer momento ha presentado su actual director Sr. Parish, es bastante notable, tanto por el mérito de los artistas que la componen, como por el deseo que muestran de complacer al público.

—En los Jardines del Buen Retiro, ameno sitio de recreo en el verano, que hace algunos años viene siendo objeto de la predilección del público, se están efectuando con la mayor actividad algunas obras é importantes mejoras, á fin de poder abrirlos en cuanto el buen tiempo se asegure.

—La funcion extraordinaria que hace pocos dias tuvo lugar en el régio coliseo, á beneficio de las familias de los naufragos de la costa cantábrica, fué honrada con la asistencia de SS. MM. y AA. La sociedad de conciertos dirigida por el maestro Vazquez, la compañía italiana que dirige el Sr. Fiorini, y cuantos artistas prestaron su concurso al filantrópico fin de la fiesta, alcanzaron grandes aplausos del público y fueron obsequiados con flores y coronas por la comision organizadora del espectáculo.

—La segunda obra ofrecida en el nuevo teatro de la calle del Príncipe por la compañía lírica que en él actúa, ha sido la preciosa ópera de los hermanos Rieci titulada *Crispino e la comare*, y pocas veces, á no dudar, se ha dado en Madrid una ejecución tan perfecta como la que tuvo dicha obra por parte de la inteligente artista señorita Ferni y de los señores Fiorini, Huguet, Valero y Marelli. La señora Grassi, los señores Ugalde y Velazquez, el coro y la orquesta, dirigida por el conocido violinista Sr. Perez, contribuyeron tambien al brillante éxito de la ópera.

Celebraremos poder dar cuenta á nuestros lectores de iguales resultados respecto á las demás obras que se representen por esta compañía.

Sábado 11 de Mayo.

rápida decadencia. Recordó á este propósito varios pasajes de las obras de D. Francisco Dávila Orejon, D. Sancho de Londoño y D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca; y algunos otros del libro de Marcos de Isaba y Miguel Guerrero de Casedá, titulado: *Cuerpo enfermo de la milicia española*; pasajes en los cuales se demostraba la inmoralidad reinante en las esferas del Gobierno de la nacion, en aquella misma época en que España pretendia representar la enseñanza religiosa del catolicismo en su más pura y genuina manifestacion.

Fundándose en todo lo que llevaba expuesto, afirmó el Sr. Vidart, que las dos partes en que podia y debia considerarse dividida la historia militar de España eran: la *Historia de las ideas*, esto es, la *Historia de la literatura militar en España*; y la *Historia de los hechos*, esto, la *Historia de la organizacion militar de España* y la *Historia de las guerras de España*.

Encareció la importancia de la literatura militar en España, puesto que el pensamiento precedia siempre á la accion; y que el *hecho social* era una consecuencia de la elaboracion de las ideas; deduciendo de aquí, que en las obras de nuestros tratadistas de milicia se habian de hallar los antecedentes lógicos de las reformas y cambios realizados en la organizacion de nuestro ejército; y en la organizacion y espíritu de este ejército, la causa de nuestras victorias y de nuestros desastres militares. Insistió mucho el Sr. Vidart en la idea de que era un error, tan grande como antiguo, la clasificacion que se acostumbraba á dar á las obras de ciencia y arte de la guerra, considerándolas incluidas entre las pertenecientes á las ciencias matemáticas, error que se desvanecerian por completo al presentar el cuadro histórico de nuestra literatura militar, en el cual necesariamente habria de aparecer el carácter de políticos y moralistas que predomina en el mayor número de nuestros escritores militares. A este propósito recordó el Sr. Vidart, que ya habia dicho en varias ocasiones que la *milicia* era una parte de la *politica*; si se entendia por *politica la ciencia del Estado*; ó que la *milicia* era la *ciencia del Estado en guerra*; y la *politica*, la *ciencia del Estado en paz*; constituyendo así, la milicia y la politica, la total ciencia del Estado.

De lo que acababa de decir, dedujo el Sr. Vidart, que la ciencia de la guerra pertenecia al grupo de las llamadas ciencias morales y politicas; y afirmó, que la verdad de esta asercion quedaria ámpliamente demostrada en el estudio de la historia de la literatura militar en España; y que esta demostracion seria el objeto de la siguiente conferencia.